

x-rite

colorchecker CLASSIC



BIBLIOTECA PATRIA de obras premiadas. - Tome 44

DEL DIDO A LA PLUMA

NARRACIONES ANECDÓTICAS

DE

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
de la Real Academia Española

Estas obras están laureadas por la cooperación de los buenos católicos, cuyos nombres y Premios van consignados en el - último pliego de cada tomo -

Oficinas: CALLE FUENCARRAL, número 138
MADRID (10)

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN
DEL OIDO
A LA
PLUMA

44

DEL OIDO A LA PLUMA. - Francisco Rodriguez Marin

BIBLIOTECA
PATRIA



DEL OIDO A LA PLUMA

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA PATRIA de obras premiadas. - Tomo 44

DEL OIDO A LA PLUMA

NARRACIONES ANECDÓTICAS

DE

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

de la Real Academia Española

Estas obras están laureadas
por la cooperación de los buenos católicos, cuyos nombres y Premios van consignados en el - último pliego de cada tomo -

Oficinas: CALLE FUENCARRAL, número 138

M A D R I D (10)

*¡Oh, la influencia social de la novela!
Es la novela el género literario más
apto para la propaganda de las ideas. El
novelista preparó no pocas veces las gran-
des revoluciones de los pueblos. En nues-
tros días la novela rusa—desgraciada-
mente extendida por España—había pre-
parado la revolución comunista de aquel
imperio, hoy en completa descomposi-
ción.*

*La novela española puede ser aquí fir-
me baluarte del derecho cristiano, si los
actuales poseedores de la riqueza, en
cualquier grado, le prestan su decidido
concurso por instinto de conservación.*

*El Patronato Social de Buenas Lectu-
ras, con sus Bibliotecas PATRIA y de
Cultura Popular, levanta en alto esta
bandera, y llama a cuantos tienen algo
que perder, a cobijarse a su sombra sal-
vadora. ¡Quiera Dios que ninguno de
los llamados falte a la cita, para su bien
y el de la raza hispano-americana!*

JUAN DE DIOS T. AVISA: (1)

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44,
45 y 46.

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no im-
plica recomendación de otros libros de los mismos autores
que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y or-
todoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están so-
metidas a la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.

*Al Excmo. Sr. Conde de Casa Segovia,
en testimonio de cariñosa amistad,*

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Madrid, Febrero de 1908.

MR. NAQUET
ANTES DE MR. NAQUET



luego que firmó aquel largo escrito y anotó en la hoja correspondiente de su libreta de honorarios: «Alegato de bien probado, nueve pliegos, ciento ochenta reales», don Domingo de Silos Estrada, abogado, anticuario y labrador de Osuna, se fue a almorzar al amor de la lumbre, junto a la chimenea de campana. Quedaron en el estudio un procurador mixto en escribiente y un escribiente que iba para procurador: la piel del diablo en dos trozos.

Un momento después, como trasquilado por iglesia, colóse en el despacho un jareño: para que lo entendáis mejor, un vecino de la aldea de Martín de la Jara preguntó por *er señó on Domingo* y se sentó a esperarlo. Y cogiendo el procurador la *Gaceta de Madrid* llegada por el último co-

reos, hizo como que leía para sí unos momentos y entabló con el escribiente este diálogo:

- ¿Has leído en la *Gaceta* la nueva ley sobre el divorcio?

- Así... por encima. ¿Qué dispone?

- ¡Una barbaridad! ¡Esta gente, por lo visto, no respeta nada! ¡Mira que meterse a enmendarle la plana a la Santa Madre Iglesia, que siempre dijo que el matrimonio es indisoluble!... Pues nada; ahora, por quita allá esas pajas, echa el marido por un lado y la mujer por otro, y ¡como si tal sacramento no hubiera existido!

- Y con los hijos ¿qué se ha de hacer?

- Verás, hombre, verás. Voy a leerte la ley, que es muy corta.

El jareño era todo oídos.

- Dejo atrás el preámbulo y vamos a lo principal:

«Artículo 1.º Todos los españoles que no se lleven bien con sus mujeres, porque estas sean holgazanas, o respononas, o callejeras, o demasiadamente beatas, o alguna otra cosa peor, podrán descasarse desde el día de la publicación de esta ley.

Art. 2.º El que por alguno de los motivos expuestos se quiera descasar acudirá ante el párroco por medio de instancia que los alegue, y, practicada información testifical, si resultaren comprobados, éste decretará la separación de los cónyuges, que se llevará a efecto sin ulterior recuso.

«Art. 3.º También se procederá a la separación de los bienes, entendiéndose que pertenecen al marido todos los que se hayan adquirido por compra o permuta durante el matrimonio.

«Art. 4.º En cuanto a los hijos, los varones se irán con sus padres y las hembras con sus madres. Sin embargo, quedarán con ellas los varones menores de cinco años, hasta que cumplan esta edad.

«Art. 5.º Los descasados podrán buscar mujeres más de su agrado y contraer nuevo matrimonio; pero en tal caso no podrán volver a utilizar los beneficios de esta ley, porque quien sale del purgatorio y por su gusto vuelve a entrar en él no merece protección ninguna».

En esto, oyóse la tosecilla de don Domingo, que volvía. Consultóle el jareño sobre una cuestión de lindes, dejó sobre la mesa la consabida y tradicional peseta en plata y fuese a la posada para pagar el *ataero* y emprender, cabalgando en su burro, la vuelta hacia la aldea.

Llegó a su casa a la caída de la tarde, y, al desmontar del borrico, preguntó a su costilla:

—¿Qué has jecho e comé?

—Qué quies que haiga jecho?... Lo e siempre: la reberenda oya.

—Mía que te aprebengo que er biento se ha cambiao: que ya hay una ley nueva pa esapartarse, y más pronto que er desirlo me boy an cá er cura y ya estás piyando er tole.

La mujer del jareño de las lindes era buena y no chistó. Tendió sobre la mesa un mantelillo, puso en medio un plato grande, acudieron los muchachos, que estaban jugando a la tángana en la plazuela, y todos comieron en paz y en gracia de Dios la proverbial olla de tres vuelcos.

Media hora después, en la tabernilla de la esquina, explicoteaba nuestro hombre ante un numeroso concurso de *bebensales* — que *comensales* digo yo que no se podrá llamar a los que se ocupan, no en *comer*, sino en *beber* (1) — y éstos escuchaban absortos el relato del recién llegado de Osuña, y comentaban a su talante la justa y beneficiosa ley que permitía que se *esapartaran* los matrimonios *mal abeníos*. La noticia se propagó rápidamente por todo el pueblo, y aquella noche hubo *santfrancia* y *grimpola* en la mitad de las casas: entretenidos en *remojar* la fausta ley, fueron muchos los hombres que llegaron a ellas tarde y con daño.

Pero todo aquello era tortas y pan pintado. ¡A la mañana siguiente sí que fué ella! La casa del cura era un jubileo. Por docenas acudían los hombres para descasarse. Y por docenas acudían las mujeres en solicitud de que no se hiciera tamaña picardía, Y ¡qué diálogos más pintorescos!

— Han focao a escasarse y bengo a ajogarme en la buya.

(1) Va dicho en broma: ¿Quién no sabe, por poco etimologista que sea, que se dijo *comensal* de *cum* y *mensa*, y no de *comedere*?

- Señón cura, aquí están mis testigos.
- ¿Aonde ba usté, cristiano? - Yo estoy primero, que he llegao al arboreá.

Y entretanto las mujeres:

- Señón cura, no jaga usted caso de este piyo, que me quié ejá plantá con las cinco jembras que tenemos.

- Pero, ¿qué confiscá ley es ésta?

- So charrán, janda pa er trabajo, que es donde estás jasiendo farta!

Al fin el cura logró enterarse de qué se trataba, y por más que decía a voz en cuello: «¡Eso es un disparate! ¡No puede haber tal ley! ¡El matrimonio es indisoluble!», ¡que si quieres! no le hacían caso, y le contestaban:

- ¡Ya berá usté si es insalubre!

- Esa ley se ha leído en cá e on Domingo Estrá.

- Arrepase usted por la bista los papeles e Madrí.

Y el bueno del cura hojeaba los últimos números del *Boletín Eclesiástico*, y seguía la gresca, y llevaba trazas de no terminar en todo el día.

- Mande usté un propio a Osuna con una carta - dijo uno.

- Eso será lo mejor - repuso el cura. - Y escribió:

La respuesta fué un chorro de agua fría para los que intentaban descasarse:

«Sr. Cura párroco de Martín de la Jara.

«Muy señor mío: No hay tal ley de divorcio, y bien ha comprendido usted que no podía haberla. Lo que sí hay son dos turnantes que la han inventado y, hasta la han leído en mi casa a presencia de un vecino de ese pueblo. Vea usted cómo arregla a esa docena de casados, que yo veré cómo arreglo a este par de mozos.

Suyo afectísimo amigo y s. q. b. s. m.,

Domingo de Silos Estrada»

.....

Cuatro meses después, al echar una *cigarrá* durante el descanso una cuadrilla de segadores, trabaron conversación sobre el *trimurto* que acabo de referir.

Y decía uno, con la aquiescencia de casi todos los que le escuchaban:

— ¡Aqueyos que alebantaron la ley pa esapartarse no eran ranas! A móo que era mesté arempujayos pa deputaos, pa que ayí en Madrid jincaran la cabeza, jasta que esa ley saliera alante.

REGLAS PARA HURTAR LIBROS



ON Francisco Orchell y Ferrer, insigne orientalista valenciano, catedrático de Lengua hebrea en los Reales Estudios de San Isidro, de Madrid, allá por los años de 1820 a 1823, y arcediano mayor de Tortosa, tenía muchas virtudes y sólo tres vicios: el uso exagerado del tabaco de rapé, el desmedido amor al estudio y una grande afición a los buenos libros. Llegó a Madrid precedido de la excelente fama que había cobrado en la Universidad de Valencia como sabedor y enseñador del Hebreo; tuvo en la corte discípulos tan ilustres como don Tomás González Carvajal, traductor de los Salmos, el obispo auxiliar señor Castrillo, y el Nuncio de Su Santidad, señor Giustini, y ¡claro! su virtud y su saber le facilitaron bonísimas amistades, y cuantos le trataban se deshacían en elogios del anciano profesor.

Mas no era todo el monte orégano: no faltaba quien, después de hacer un cumplido elogio de Orchell (simpático aun sin tratarle, por su alegre y vivaz fisonomía), bajase la voz y añadiese confidencialmente: «Pero»... Y en ese restrictivo *pero* terminaba el panegírico, si en el auditorio había alguna persona que no inspirase mucha confianza al panegirista.

Don Antonio María García Blanco, discípulo predilecto de Orchell, escuchó ese *pero* en varias ocasiones y ardía en deseos de saber qué *pero* podía tener hombre tan virtuoso como su maestro.

Inquirió aquí y allí, rogó acá y acullá que se le confiara el guardadísimo secreto y, al cabo, un su amigo (creo que fué don Luis Usoz, el cuákero español, como le llamó muchos años después el señor Menéndez y Pelayo) despejó la incógnita. «*Pero* hurta libros...», según dicen» - dijo, atenuando la malévola imputación.

Al oír tal cosa García Blanco, que reventaba a Orchell, quedóse como la mujer de Loth, según la hipérbole bíblica, que hipérbole es y no otra cosa: hecho una estafua de sal. No le cabía en la cabeza que aquel hombre de bien a carta cabal fuese capaz de quebrantar el séptimo precepto del Decálogo. Y no ahí como quiera, sino de quebrantarlo muchas veces, hasta el punto de dar lugar a aquellos ofensivos *peros*, cuya significación no había entendido hasta entonces.

Una mañana departían amistosamente

maestro y discípulo, y García Blanco, deseoso de ver desmentida por los mismos labios de Orchell la injuriosa especie que contra su buena fama corría en voz baja, como *venticello*, por Madrid, le dijo de golpe y porrazo:

- Maestro, se dice de usted por ahí una cosa que yo no creo; pero ello es que se dice.

- Y ¿qué dicen? ¿Qué dicen? - preguntó con curiosidad Orchell, abriendo la caja del tabaco en polvo.

- Pues dicen ¡allá va! que usted suele hurtar libros. ¡Habría embusteros!...

- No, embusteros no - repuso el sabio valenciano, sonriendo tranquilamente y sorbiendo una dedada de los polvos. - Te han dicho la verdad: pecado mío es ese y lo cometo con frecuencia.

- ¡Cómo!... ¿Usted se apodera de libros ajenos?...

- Escucha - interrumpió Orchell poniéndose serio. - Lo que no han podido decirte es cuándo y cómo hurto yo libros, ni qué libros hurto. Vas a saber las reglas a que sujeto mis rapiñas... ¡Mis rapiñas! Son reglas conjuntivas, y no disyuntivas; de modo tal, que si alguna de las establecidas circunstancias no concurre con todas las demás, el hurto no pasa de ser un mero pensamiento pecaminoso. Esas circunstancias son:

1.^a Que el libro no esté venal en las librerías; porque si lo estuviere, yo debo rascarme el bolsillo y comprarlo.

2.^a Que quien lo posee no sea capaz de vendérmelo ni de regalármelo. En otro caso, debo comprarlo o pedirlo.

3.^a Que la posesión de tal libro me sea útil, por relacionarse éste con mis estudios favoritos.

4.^a Que quien lo posee no pueda o no quiera utilizarlo y no saque de él más partido que el que sacan los eunucos de las esclavas del serrallo.

Y 5.^a ¿No te figuras cuál es la quinta y última regla?

- No me lo figuro, querido maestro - respondió García Blanco.

- Te creía más listo - dijo Orchel sonriendo nuevamente. Y añadió: - La quinta y última regla es... que haya ocasión propicia para hurtar el curioso y codiciado libro. Porque habiéndola y concurriendo las otras cuatro circunstancias, ¡es probado! O el libro llega a ser mío, o perderé el buen nombre que tengo. Cosa *nullius* me parece el empecatado volumen y procuro ser el primer ocupante.

Absorto quedóse García Blanco al escuchar tan espontáneas e inesperadas manifestaciones, y no sé a punto fijo lo que respondería al doctor Orchel.

De mí sé decir que si yo fuera eclesiástico y hubiera oído en confesión al insigne hebraísta, habría echado mano de la hermenéutica teológica de manga más ancha, para decir al penitente:

- Reza un padrenuestro y *ego te absolvo a peccatis tuis*.

CHA...CHARA



QUEL día, en vez de estudiar su lección de Física, Juanito se fué al arroyo cercano a coger ranas. Cabalmente las habría menester el catedrático, si quisiese repetir el curioso experimento de galvanismo que poco antes cautivó la atención de los alumnos. Pero el catedrático no quería tal cosa por entonces, sino lecciones sabidas de coro, y como Juanito, sobre que no las había ni saludado, se insolentó con el profesor, encerráronlo en aquella abominable «carbonera», cárcel de la antigua Universidad de Osuna, cuyo edificio ocupaba a la sazón el Instituto de segunda enseñanza.

Asomado estaba nuestro mozo, resignadamente, a la reja de su encierro, que da a la plazoleta del exseminario del «Corpus Christi», cuando, cansado de subir cuestras, llegóse a la tal ventana Bautistilla, condiscípulo de Juanito, y, cómo él, za-

galán de hasta diez y siete años; pero, a diferencia de él, más pobre que las ratas. Porque Juanito, que era hijo del mejor abogado del pueblo, y, entre lo recibido y lo gentilmente garbeado, siempre tenía pesetas que gastar, no carecía ni de buen tabaco del de las latas de a doce reales, ni de los vistosos puros peninsulares de a tres y aún de a cinco cuartos, ni de la recia y amplia petaca ubriqueña, en donde lo entero y lo picado se alojaban en amoroso consorcio, para deleite del dueño y de los amigos gorriones, que Juanito los tenía que eran plaga.

Por hacerle llevadera su prisión, o, lo que más creo, por regalarse el paladar con un cigarrillo de «Valdivia», Bautista, poniendo triste la cara, llegóse a la reja y entabló con el recluso el siguiente diálogo:

- ¡Por víncheles, Juanito! ¡Y yo que no lo sabía!... Si yo pudiera meterme ahí por tí, ahora mismo! ¡Pero que era ya! Y ¿qué ha sido eso, hombre? Yo hice hoy rambona.

- ¿Qué quieres?... Percances, Bautista, percances. Y tó por no saberme una puñalera lección. En cambio, le llevé a don Antonio las seis ranas más hermosas que él había visto en su silletería vida. ¡Ahí tienes! Y es que como ya no es médico de mi casa desde que mató a mi tío (porque la verdad es que lo mató y lo remató él), me ha tomado firria y quisiera verme en la boca de un cañón,

—Pues yo — dijo Bautistilla — alzando, vamos al decir, el corvo alfanje damasquino — vengo de avisar en tu casa. Por Eduardo supe que estabas en chirona. Por más cierto, que, al decírmelo me pidió tabaco y se llevó uno de los dos pitillos que me quedaban de los seis que me diste anoche; y como ya me fumé el otro... ¿Tienes?

—Toma, hombre, toma, y lía un cigarro gordo.

Bautista, volviendo las espaldas a su interlocutor, como para evitar que el viento se llevara el tabaco, se echó un poco en la palma de la mano izquierda, y pasando su contenido disimuladamente a un bolsillo del chaleco, volvió a echar, como si tal cosa. Luego cortó papel y empezó a liar un cigarro como una franca. Pero antes, cerrando la petaca para devolverla, contemplóla con ojos ansiosos y dijo suspirando:

—Toma, hombre, que eres el hijo de la suerte. ¿Cuando en mi arrastrada vida tendré yo una petaca como ésta? ¡Verdad es que ni mala la tengo! Ya se ve: ¡soy tan pobre...!

Y volvió a suspirar pensando en la petaca, como quien piensa en hijo embarcado para las Indias.

En los negros ojos de Juanito centelleó una mirada diabólica, y una picaresca sonrisa entreabrió sus gruesos labios, en tanto que Bautista, acabando de liar su pitillo, le preguntaba:

- Oye, ¿tú tienes mistos? ¡Porque yo, hijo mío, ni eso!

- Toma, y quédate con la cajilla, que yo tengo otra. Así no tendrás que pedir más que papel; porque hijo mío, lo que es tabaco, ya llevas para el día. ¡Te despachaste, camará!

- ¿Yo...?

- Sí, tú. Pero dime: ¿tanto te gusta a tí mi petaca?

- Tanto me gusta - dijo Bautisilla riéndose y dejando ver su caja de dientes, blanca y recia como la de un mastín, - tanto me gusta, chiquillo, que me dejaría dar dos *bujfos* apretaos por tenerla y lucirla. ¡Aunque no tuviera ná que echar en ella! ¡Pa que veas tú!

Pues mira; con poco te quitas el amargor de la boca. Atiende. A mí me soltarán a las cuatro, Voy y como. Al obscurecer, me pongo a pelar la pava. ¿Tú sabes con quién?

- ¡Vaya si lo sé, chiquillo! Con una jembra foavía más bonita que la petaca; ¡mira si es ponderación! Con Luisa la del escribano. ¡Jujujuy...!

Y después de chupar nerviosamente el pitillo y de echar una gran bocanada de humo, sacudió la mano derecha dos o tres veces, como quien se quema, haciendo castañetear los dedos.

- Pues oye - dijo Juanito. - Si tan de verdad quieres tú la petaca, tuya será, con tal que te prestes a hacer lo que yo te encargue. Yo le he dicho a mi novia que soy

muy valiente. Tú te llegas luego, cuando yo esté junto a la ventana, y me dices con coraje, lo mismo que si hubiéramos andado de riña: «¡Aquí me tienes! ¡Lo que había de ser luego, ahora!» Y yo te digo: «¡Ahora y siempre: aquí y en toas partes!» Y tú me dices, echando chispas por los ojos: «¡Eso lo veremos!» y yo te digo: «¡Ya mismito!» Entonces mi novia se echará a llorar y me dirá: «¡Hombre, por Dios, no te comprometas! ¡Si ya sé lo valiente que eres!» Y yo le diré, echándome a reír: «¡Chiquilla, no seas tonta! ¡Doce como éste necesito yo para merendar!» Cuando yo diga ésto, ¿te enteras? tú te acercas más y me dices. «¿Doce?... ¡Ni medio!» Y levantas la mano como para pegarme una guantá, pero no me la pegas. Ten cuidado, ¿eh? y no mela des. ¿Estamos? Yo entonces esta mano te cojo por la solapa y te zarreo, y con ésta te doy un bofetón, flojito, ¿oyes? flojito. Y tú te echas a llorar, y te vas; y yo escupo al suelo, no a tí... Y después, cuando yo acabe de hablar con mi novia, te doy la petaca con los puros y todo, y ya es tuya para ciento y un año.

Al principio negóse Bautista a representar tan ridículo papel, pues era mozo que iba para muy hombre; negóse luego solamente a recibir la bofetada; regateó, al fin, la fuerza con que hubiese de dársala Juanito, y hasta puso en tela de juicio la seguridad de que éste cumpliera su oferta nada generosa. Juanito, diablo tentador,

sacó y le mostró la petaca dos veces. Bautista la tomó en sus manos otras tantas, la contempló, así cerrada como abierta, examinó uno por uno los tres puros que hundían sus puntas en lo picado, y, devolviéndosela, dijo a media voz, no sin suspirar de nuevo:

- ¡Trato hecho! Pero, hombre, no aprietes, y dame el mefío en este lao, porque en el otro me duele a rabiarse una muela, y tengo puesta una pasa en la encía.

En esto, por el arquillo del Seminario asomaba el padre del recluso, don Juan en persona, quien con sus narices hinchadas iba a preguntar al director del Instituto cómo se había atrevido a encarcelar a la flor y nata de los estudiantes de Física.

- ¡Justo! - decía para sus adentros, - ¡Detención arbitraria! ¡Si esto es cosa penable!

Y tosía fuerte, como hombre que sabe su derecho.

.....

Más lozana y más bonita que una rosa de aquel abril, Luisa, con su tez trigueña, cubierta de pelusilla suave cual la del melocotón maduro, con su abundante mata de pelo como la endrina y con aquellos ojos

*Como aceitunillas negras
De olivaritos gordales,

en donde muy a flor se columbraban el

sentir, el pensar y el querer de una sana muchachota andaluza, casi árabe, de diez y seis años, escuchaba en la reja, entre indignada y enternecida, el pintoresco relato de aquella prisión padecida por el más valiente y jacarandoso de cuantos estudiantes de Física había habido en el mundo, de Arquímedes acá. Pero lo peor de todo, parecíale a ella, era el haber tirado de las barbas al catedrático, aunque, si bien se miraba, tampoco era grano de anís, aquello otro de untarle las orejas con saliva, en son de reto.

— ¡Hombre, ten juicio! — le rogaba Luisa, cruzando aquellas lindas manos, que apenas se le parecían, de chicas que eran.
— En una de estas valentías me quedo sin tí, y ¿que será de mí entonces?

Y la muchacha se echó a llorar, encogido el corazón, que así es de sensible y hondo el amor primero.

La casa de Luisa, en la calle de San Pedro, hacía esquina a la que llaman de la Alameda; y asomando por ésta el codicioso Bautisilla, refúvose al ver a los amantes, escuchó las ternezas de la joven, pusiéronsele los dientes tan largos como si hubiera comido naranjas agrias y estuvo a un jeme de renunciar a su desairado papel de pasillo cómico. ¡Qué vergüenza! Aparentar que era cobarde por una petaca, delante de una criatura tan linda!... Titubeó un rato, pero, al fin, pobreza fué vileza, y, ya resuelto, acercóse a Juanito.

Se representó la farsa. Luisa, muy afli-

gida, lloraba como una Magdalena y pedía por Diosvivo a aquel Ricardo Corazón de León que no se comprometiera. Y poco después, ¡plaf! sonó la bofetada convenida tres horas antes.

Bautista se retiró llorando, más que de otra cosa, de rabia y de bochorno, y se escondió detrás de la esquina, no sabía él mismo si a esperar la paga o a cosa peor. Entretanto, Juanito, tranquilizando a su novia, asombrada de la tal guapeza, decía:

- ¡Cuando yo te aseguro, chiquilla, que a mí no hay hombre que se me ponga delante!.., ¡Pues bonito soy yo para aguantarle ancas a ninguno! ¡Ejem!...

Y tosía, pidiendo gente, mientras que en el balcón de la casa de al lado una codorniz cantaba, como burlándose de aquel Tablante de Ricamonte:

- ¡Chá...chara! ¡Chá...chara!... ¡Chá...chara!

Engrióse Juanito, mintiendo proezas; embebecióse Luisa escuchándole, y a Bautistilla, que, para que todo se le antojara negro, había recibido el bofetón sobre la encía de la pasa, se le acababa el aguante. Así primero moderadamente y a media voz, y después con descaro y a voz en grito, exclamaba asomándose a la esquina y poniéndose entrambas manos a los lados de la boca:

- ¡La peñaca!

Y como el distraído novio no le hiciese caso, Bautistilla, echando el bodegón a

rodar, avanzó resuelto hacia el fachendoso amante, y, pegándosele al lado, le dijo:

— ¡So gallina! ¡A buen bofetón, buena petaca! Tú me la prometiste, pero ya no la quiero. Lo que quiero es que Luisa te conozca; que no te la mereces.

Y, mudando de tono, dirigióse a ella con ojillos de enamorado, diciéndole:

— Oye tú, niña, más salá que las pesetas: quiéreme a mí, aunque sea pobre; que ahora verás que no soy cobarde.

Y, diciendo y haciendo, la emprendió a mojicones con Juanito, que se había quedado atónito, le sacó del bolsillo la ya aborrecida petaca, y firándola al suelo, la pisoteó con furia.

Luisilla, indignada de la farsa, dijo con desdén a su novio:

— ¡Uta allá, embustero!

Y cerró de golpe las puertas de la ventana.

Y la codorniz, como si estuviera al cabo de todo lo sucedido y quisiera burlarse del valiente de mentirijillas, volvió a cantar:

— ¡Chá... chara! ¡Chá... chara! ¡Chá... chara!

POR TABLA



IGO que pasan cosas
raras en el mundo... y
digo que Pero Grullo y
el narrador que lo dice
allá nos vamos.

Aquello de

«..... sentir

En Cádiz repercutir

Un beso dado en Cantón»

no es cosa del otro jueves, ni mucho me-
nos. Yo, una vez que quise echármelas de
cazador, apunté con la escopeta a un ca-
gachín que cantaba alegremente sobre un
almendro, como quien tiene largos días
en qué vivir, y maté... seis cántaros: los
que llevaba a lomo una yegua, que se
asombró y respingó al oír el tiro.

Y sabido es que, gracias a la mucha ve-
locidad con que corren los trenes en los
Estados Unidos, un pasajero que, asoma-
do a la ventanilla de un coche, disputaba
con un empleado de estación, fué a darle
una bofetada cuando el tren echaba a an-
dar, y ¡zás! se la dió a otro empleado de

la estación próxima. Bien que de una a otra sólo había veinticinco kilómetros.

Por cosas como éstas se debió de decir que *siempre pagan justos por pecadores, que juegan los burros y pagan los harrieros* (así, con *hache*), y que *el que nace para infeliz se cae de espaldas y se rompe la nariz*. O, lo que viene a ser lo propio: que *todas las tormentas van a Carmona, y todos los golpes al dedo malo*.

Ahí está, en Sevilla mismo, el eminente actor don Pedro Delgado, que no me dejará mentir, pues algunos meses ha recibido, sin merecerla, una descomunal bofetada, por la cual aún tiene resentimientos, y de la cual todavía está resintiéndose.

He aquí, contada en un periquete, la verídica historia de aquella alevosísima agresión. Andaba el buen actor apuradillo de cuartos, cosa natural en un cómico, por bueno que sea; hubiera sido torero, por malo que fuese, y otro gallo le cantara. Andaba apurado, digo, y fué a Madrid, y vió a Romea, y éste a María Guerrero, y ambos a muchas personas, y en un dos por tres se preparó una función dramática en beneficio de don Pedro Delgado. Había de verificarse en el Teatro Español. Todas las medidas estaban tomadas para que el beneficio fuera de excelente resultado pecuniario; que eran buenos sastres los que andaban en aquello y conocían el paño a maravilla. Hasta se había conseguido que al beneficiado se le dispensara de pagar los derechos de propiedad lite-

raria. Y en cuanto a lo demás, el lleno rebozado era seguro, pues para eso iban a trabajar con don Pedro la flor y nata de los actores españoles.

La función se había de dar por la tarde. Faltaba una hora para empezarla. Allí era de ver cómo el veterano actor, que tantos días de gloria ha dado a nuestra escena, se frotaba las manos de puro alegre, y después echaba cuentas por los dedos y daba por logrado el inmediato alivio de sus necesidades más apremiantes. No sería aquello ponerse rico, ni siquiera asegurar la subsistencia por el tiempo en que todavía hubiese de llevar a costas el fardo de la vida, pluma leve para algunos y pesado bloque berroqueño para los más; pero, ¡qué diantre! algo es algo, y cayendo unas veces y levantando otras, se llega al término de la jornada, y ahí queda eso para otro. Mas ¡los pícaros contratiempos anteriores! Porque el beneficio, ¿cómo había de reponerle a él, don Pedro, de tanta pérdida, de tantísima adversidad? ¡Si había sido el rigor de las desdichas! En fin, no había que pensar en ello, ni que mirar hacia atrás. Ya lo dice el vulgo:

«Quien pierde el borrico
Y encuentra la albarda,
Ni todo lo pierde
Ni todo lo gana».

Esto, o cosa parecida, pensaba don Pedro Delgado, paseando por el escenario,

en tanto que los framoyistas acababan de arreglar la decoración.

De pronto...

*¿Qué rumor
Lejós suena*...
Que, llegando hasta la escena,
Tal ensueño interrumpió?

Pues ¡apenas si era nada lo del ojo, o lo de la mejilla, que bien cerca le anda! Allí, a cuatro pasos del Español, un general acababa de dar una generalísima bofetada al embajador de Marruecos, y digo *generalísima*, porque, por la intención, estaba dada a todo el Mogreb. Y de ahí el rumor y el grandísimo alboroto, y el correr todos de acá para allá como orates, y la novelería madrileña jurando *non comer pan a manteles* hasta enterarse de por qué había sucedido aquello, en qué vendría a parar, cuántos vasos de vino se echó al colete almorzando el general Fuentes, si Brisha se había puesto paños de árnica en el sitio dolorido, etc., etc. Y don Pedro exclamó consternado: «¡Adiós mi dinero!» al ver roto el cántaro de la lechera, Y ¡claro! al teatro acudieron hasta tres docenas de espectadores.

Véase por dónde resulta plenamente averiguado, y esto es importante para la historia de nuestro lastimoso asunto de Melilla, que hubo un actor español que compartió con Sidi Brisha la célebre bofetada, por lo cual no diría, como dijimos

muchos: «Ahí me las den todas». Cuentan que el embajador abofeteado preguntó a Sagasta, tan pronto como le echó la vista encima: «¿Esto se va a quedar así?» Y que Sagasta le respondió: «¡Quiá! ¡Eso tiene que hincharse! ¡Es natural!» Pero es lo cierto que el bolsillo del malaventurado actor siguió deshinchado o deshenchido, a causa del bofetón, que, por tabla, le había dado el general.

Ahora, si yo por tabla, consiguiera al publicar este artículo (1) que algunas de las muchas personas cultas que hay en Sevilla tuviesen un amistoso recuerdo para el veterano primer actor, e ideasen la forma de hacerle más llevaderas sus desventuras, de seguro se remediarían aquí los desastrosos efectos de la bofetada que, sin comerlo ni beberlo, como suele decirse, recibió en Madrid don Pedro Delgado.

Y este podría decir: «¡*Tablas!*»

Hágase, y no haya miedo; que por ahora no hay moros en Sevilla, ni creo que en la costa.

(1) Vió la luz en «El Noticiero Sevillano» el 11 de julio de 1895.

EL LOCO PREDICADOR



MUCHOS de mis lectores conocerán — por que los dió a la estampa, hace años, la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces* — los sermones del célebre loco Amaro, llenos de safrica intención y chispeante gracia; de aquel loco que, preguntado por un Cardenal arzobispo de Sevilla acerca de qué le parecían las costosas obras con que estaba hermo-seando su palacio, le respondió: «Todo me parece muy bien; está haciendo Su Eminencia un milagro que sólo hizo Jesucristo, pero al revés: Jesucristo convirtió las piedras en pan, y Su Eminencia está convirtiendo el pan en piedras», dando a entender con esto que el dinero gastado en mármoles debía haberse invertido en socorrer a los pobres.

Pues bien, otro loco hubo en Osuna, allá en los últimos años del siglo XVIII,

que, sin la notoriedad que alcanzó Amaro, no le iba en zaga en punto a chistes y agudezas; antes habría podido darle diez y raya, a juzgar por el verídico suceso que voy a referir.

Ya en aquellos tiempos se celebraba la festividad de la Virgen de Consolación con una velada en la plazuela del mismo nombre, y los frailes de aquel convento, entre los cuales había algunos ilustradísimos, designaban anualmente a uno para que por la tarde predicase a las gentes desde una cátedra que se colocaba *ad hoc* frente al pilar de la dicha plazuela. Allí el orador sagrado, ante el numeroso auditorio, explicaba algún punto de moral, en tanto que los garbanceros y furroneiros, desparramados por aquella explanada, pregonaban a grandes voces sus mercancías, midiendo los primeros con medidas no cabales y pesando los segundos con pesas faltas, achaque de vendedores tan antiguo, que ya Moisés tuvo precisión de prohibir a los israelitas el uso de *ében waé-ben* (*pesa y pesa*).

Cierto año de aquellos (*incierto* estaría mejor dicho, porque ignoro cual fué) tocó predicar el consabido sermón a un concienzudo y docto fraile que en las conclusiones teológico-morales que solían celebrarse en los conventos había ergotizado tanto y con tal fino y tan buenos pulmones, que con razón se le tenía por el *non plus ultra*...

Subió el orador a la cátedra, sacó de las

mangas del hábito dos muy gentiles pañuelos de los que llaman *de yerbas*, púsolos a la mano para utilizarlos cuando el sudor corriera por su frente, o cuando el uso del rapé Kentucky lo reclamara, y, previas las ritualidades de ordenanza, empezó el sermón. Su asunto, la necesidad de restituir lo hurtado o lo robado para obtener el perdón de este pecado ignominioso.

El tema era interesante y esta circunstancia y la fama que tenía el predicador atraerón a oírle mucha gente: las damiselas, sentadas a las puertas de las casas, cortaron la alegre cháchara que sostenían con los mozalbetes; las viejas rezadoras, colocadas en sendas sillas cerca de la cátedra, murmuraban a cada momento: «¡Qué bien *pedrica* el padre!»; varios chalanes se hacían guiños de inteligencia, como diciendo «Esto va con nosotros»; los turroneiros y avellaneros hacían propósito de la enmienda, lo cual no obstaba para que engañasen a cada parroquiano que se acercaba a sus puestos; y, entretanto, el buen fraile, creciendo en fervoroso entusiasmo al notar que era escuchado con religioso silencio, insistía en recomendar la restitución, sacando a relucir textos latinos que nadie entendía pero que avaloraban más y más y más el renombre del orador, porque es de notar que nada parece tan bien al vulgo como aquello que no entiende.

En esto, ya próximo a terminar el sermón, el loco, que lo había estado escu-

chando con recogimiento, codea a las gentes, se abre paso y logra llegar al pilar; sube por la escalerilla, gatea por la columna que sirve de pedestal a una cruz de hierro, y con tales actos llama la atención de los concurrentes, hasta el punto de atraer sobre sí todas las miradas. El fraile ve esto con disgusto, se percata de que nadie le escucha, por más que todos le oigan, interrumpe el sermón, y dice: «No hagais caso de ese inocente; oid la palabra de Dios, que brota de mis labios.» Pero ya el loco había logrado encaramarse a lo más alto de la columna y asirse de uno de los pescantes de los farolillos que rodean la cruz, y todo el auditorio dejó solo al fraile y acudió junto al demente. ¡Poder irresistible que ejerce lo imprevisto sobre las multitudes! Y calló, al cabo, el predicador, mientras exclamaba el loco, accionando grotescamente con una sola mano:

—Vuestras mercedes no hagan caso de ese fraile, que no sabe lo que se fraila. Venid a mí; yo sí que predico la verdadera religión de Jesucristo; yo sí que deseo la eterna salvación de las almas de los que me escuchan. Ese fraile os está diciendo: «*Restituir, restituir: sólo así puede ganarse la gloria.*» Yo os digo: «*¡No robar! ¡No robar, y os ahorraréis de restituir!*»

LA FUERZA DEL SIÑO



OCORRIENDO a los necesitados, quiero decir, prestándoles dinero a plazo corto, el liberalísimo Mendoza, de un don Nadie que era llegó a ser un don Alguien y hasta un don

Mucho a la vuelta de una docena de años.

Como Dios da ciento por uno y los pobres son imágenes de Dios, Mendoza se creía con derecho a obtener de ellos otro tanto, y así tenía por el hombre más caritativo del mundo al contentarse con exigirles tan sólo el cinco por ciento de interés: el cinco por ciento mensual; por donde aquel filántropo era para el villorrio andaluz en que vivía una providencia, y hasta, si se quiere, una sentencia de remate.

Pero las gentes son malas; el árbol del favor tiene por fruto la ingratitud, y los mismos sujetos benéficamente socorridos hablaban pestes de Mendoza, claro es que

en voz baja y a espaldas suyas; que peto a peto bien que le sonreían y le bailaban el agua delante; pues no sé qué tiene de mágico el dinero, por mal venido que sea, que quien lo posee, aunque no sea capaz de dar sino desazones, se hace respetar y adular aun de los más irrespetuosos y díscolos. Por eso, y por otras cosas, se dijo: *Beati possidentes*.

Crecía aquella casa como la espuma, a costa de casi todas las familias del pueblo, tributarias del piadoso Mendoza, quien, ora disfrazando sus obras de caridad, por pura modestia, bajo el nombre de compras con pacto de retro, ora asegurando el reembolso con unos pagarés muy cucos, por medio de los cuales el deudor y el fiador solidario quedaban más amarrados que perros de cortijo, solía jeso sí esperar a sus deudores por la paga, luego que vencía el plazo, desde la puesta del sol hasta el toque de oraciones; casi un cuarto de hora.

Mas no era todo júbilo la gran Toledo. Mendoza había tomado por mujer, siendo ya riquito, a una bendita de Dios, que, para serlo enteramente, éralo hasta por el nombre: Benita se llamaba. Ella, por su buen corazón, se adolecía de los infelices a quienes su marido estezaba, e intercedía por ellos, y hablábale de humanidad, de conciencia, de muchas cosas de este linaje, que era lo propio que hablarle en gringo, porque el adinerado Mendoza no entendía más que de réditos y ganan-

cias, ni sentía ganas de llorar sino cuando por gran rareza, se le hacía incobrable alguno de sus pagarés.

En balde la buena mujer, con el plausible intento de corregirlo, le manifestó que todo el pueblo le mentaba con el bochornoso mote de *la paulilla*, nombre de una plaga de los trigos; en vano le apercibía y amenazaba con las penas del infierno, en donde dineros no valen; a lo uno replicaba: «¿*La paulilla*...? Eso ya me lo sabía yo. Entre ser trigo y ser *paulilla*, más vale ser esto último». Y para lo otro hallaba un bravo remedio: al morir, dejaría, si le cogía de ese humor, dinero largo para misas, con muchos amenes, ya que, a lo que dicen, muchos amenes al cielo llegan; y si le apuraba el miedo, ya fundaría él un hospital que diese tres y raya a aquel otro fundado por el celeberrimo don Juan de Robres.

Yendo y viniendo días, sobrevino a la excelente mujer un mal que si no fué el de la muerte, era su pariente propíncuo. En largas veladas de aquella penosa enfermedad, Benita solía porfiar con su marido para que ya que prestase, redujera razonablemente los réditos.

— Porque yo no te digo — añadía — que eso que tú haces sea... ¡vamos, aquello! pero no dudes que se le parece mucho. Y hasta yo tengo muy cargada mi conciencia, porque, aunque eres tú quien da esos dineros, a la postre, yo como y visto de lo que así agencias, y el hambre y las lágrimas

del prójimo son nuestra abundancia y nuestra alegría. Créelo: preferiría un cacho de pan prieto venido de otra manera. Ya que no te enmiendes por tí, hazlo, hombre, por mí siquiera, que me encuentro al borde de la sepultura y en vísperas de dar cuenta a Dios. Y si tuviésemos hijos, vaya; pero, hombre, para dos grumos que somos, ¿a qué te empeñas en vender el alma al diablo?

Tanto rogó la enferma, que Mendoza, aunque a regañadientes, le prometió enmendarse... un poquito; pues no estaba el tiempo para hacer milagros.

A la verdad, Mendoza, que, por no dar nada a nadie en toda su retrechera vida, no había dado palabra concreta de lo que haría en punto a intereses, pensaba en reducirlos algo... en lo que prestase durante los pocos días que su mujer tardase en cerrar el ojo; porque es lo cierto que el médico daba el pleito por perdido, aunque sin las costas por lo que tocaba a él y a su compadre el boticario. Pero no: quedábanle a Benita días en que vivir, y a pesar del médico y de los emplastos, píldoras y pofingues, salió de peligro y empezó a convalecer.

Dos semanas después de la conferencia referida, y como la convaleciente se hubiese acostado a prima noche, Mendoza, en una salita inmediata al lecho, repasaba, tomando notas, un mazo de pagarés que, de fijo no saltaría un galgo. Enfrascado estaba en la tarea cuando llamaron al por-

tón. Con las usuales precauciones lo habríó él mismo (porque su desconfianza de avariento no le permitía que la sirviente permaneciera en la casa después del sol puesto) y dijo a media voz al que entraba:

- Adelante, tío Juan; usté es de confianza; pero hable usté de queíto, porque Benita se acaba de dormir.

Entraron en la sala. El tío Juan, que era un labradorcete de medio pelo, de esos a quiénes nunca alcanza la sal al agua, porque entre contribuciones, impuestos, usuras, malas cosechas y abundancia de hijos bigardos, jamás salen de ahogos, dijo atribuladamente a Mendoza:

- Señó Antonio, ¡las plagas! Ahí, en mi mesma casa tengo las plagas de Egipto, toas cabales; porque son tres, pero valen por diez, y jasta por chilenta: un escribano, un precuraor y un menistro, u er demonio que se los coma, Cristo Padre me perdone. Ya resoyó la libransa a seula e Maoliyo y los pajoleros ochavos que tomé pa eya, que mar fin tengan! Bienen a que yo pague en el arto, o a errifirme; que irritífos se bean ellos y el padre que los fundó. Señó Antonio, por los santos apóstoles, menos Júas, sáqueme usté de este atoyaero. Ocho mir reales justos me jasen farta pa completá las dos mir pesetas que me pién; ¡pero que es ya, ya mesmito!

- Baje usté la voz - interrumpió Mendoza, añadiendo: - Yo, la verdá, los tengo..., los tenía: porque están compromete-

ños pa entregarlos mañana, Así es que, tío Juan, a otra puerta. ¡No pueo!

— ¡Por bía e nadiós! — exclamó el tío Juan con angustia. — Pos jaga usté un poer, señó Antonio e mis curpas, porque estas fatigas e muerte no dan espera. Misté que me esloman si ño pago esta mesma noche; que es la justicia... ¿Qué quié isí la justicia más que er santolio y er faró?... ¿Qué quié isí más que jasé yesca y pórbora y ersalación esos tres o cuatro puños e tierra compraos a costa e suar la frente un año y otro año, jasta cuarenta años? ¡Ná, no da aguarde esta tormenta e rayos que ma cafo ensima! ¡Ocho mir reales, por el Enclabao, señor Antonio!

— Pues, hombre, repuso Mendoza como confrariado — dejaré sin dinero a ese buen amigo, por tal de servir a usté. Pero tendrá usted que tomarlo en las mismas condiciones en que él lo tenía apalabrado.

— ¿A cómo? — preguntó el tío Juan, a quien no le llegaba la camisa al cuerpo, porque sabía cómo las gastaba aquel vampiro.

Y Mendoza, bajando aun más la voz, dijo:

— Pues... ¡poca cosa! Al cuarenta.

El tío Juan estuvo para caerse redondo al suelo. En la habitación de la enferma sonó una tosecilla leve, como de carraspera. Mendoza, frunciendo el hocico a lo hurón, miró de reajo hacia la entornada puerta de cristales, en tanto que el tío Juan, apenas repuesto y trasudando, exclamaba:

- Señor Antonio, ¿ar cuarenta? ¿Está usted en su juicio? ¡Eso es tirarle e los piés a un ajorcaol! ¿No be usted que er remedio ba a sé mucho más malo que la enfermeá? ¡Tenga usted consensia, por Dios se lo píol!

- Hombre - dijo Mendoza contrariado, más por la tosecilla que por el reproche - caro, caro, que digamos caro, no es caro ese dinero, pa como están las cosas: que no hay en el pueblo seis perras chicas. En fin, por que usted vea que me intereso en su desgracia, le pondré ese dinero al treinta y cinco.

Nueva tosecilla de la convaleciente, nueva mirada, ésta de indignación, del benéfico Mendoza, y nueva súplica del tío Juan, quien, probando a tocar la cuerda sensible, si es que tenía alguna cuerda sensible aquel hombre sin entrañas, preguntó:

- ¿Es señá Benita quien tose? ¿Cómo se encuentra? Crea usted, señor Antonio, que nunca la orbío en mis cortas oraciones.

Y Mendoza, con voz melíflua, que distaba mucho de corresponder a la airada expresión de sus ojos, dijo hipócritamente:

- Todavía anda malucha la pobre. - Y añadió con tono resuelto: - Conque otra palabra, y sea la última. Voy a darle a usted ese dinero... al treinta..., digo, al treinta y dos. Me parece...

Tosió de nuevo Benita, esta vez fuerte

y repetidamente, y Mendoza, ya fuera de sí, miró con descaro hacia la alcoba, y dando en la mesa un puñetazo que puso en peligro a la panzuda botella del agua, gritó como un energúmeno, echando venablos por los ojos:

- ¡Del treinta no lo bajo, aunque te ajogues! ¿Quién te ha dicho a tí, so tonta, que yo nasí pa santo?

AL MAESTRO, CUCHILLADA



CORRÍA el tiempo en que campaban por sus respetos en las tierras de Andalucía los bandidos más o menos *generosos* a quienes inmortalizaron, con fama no envidiable, la imaginación popular, siempre amiga de los valientes, y los antiguos novelistas de a cuartillo de a real la entrega, nunca enemigos de su provecho. José María,

«El que a los ricos robaba
Y a los pobres socorría»,

y Diego Corrientes, *e tutti quanti* habían llenado del estruendoso ruido de sus fazañas todo el mundo y sembrado de cadáveres y de cruces conmemorativas las encrucijadas de la región andaluza; y como para los buenos ejemplos jamás faltan imitadores, echábanse al campo, en lucha abierta con la ley y con la sociedad, cien

hombres valerosos, tomando dineros a los transeuntes, bien que sobre la hipoteca tácita de sus gaznates. Uno de estos bravos, capaz de dar quince y falta al mismísimo guapo Francisco Esteban, fué el héroe de mi cuento, o por mejor decir, de mi historia.

Llamábase Juan (no citaré el apellido), y era natural de Estepa. De su vida podría escribirse un libro, y aun alguien probó a acometer la empresa; de sus milagros nada se diga: no hizo tantos ni tan estupendos San Antonio de Pádua. Con todo eso, no era el capitán de los más sanguinarios: pedía con trabuco, ciertamente, como el mendigo del *Gil Blas*; pero si el viandante era blando de corazón y soltaba la bolsa sin hacer resistencia, quedaban tan amigos, ¡Allí no había pasado nada!

Celebrabáse la feria en cierto lugarejo de la provincia de Sevilla, y nuestro héroe y su gente, en espera del retorno de los traficantes, tomaron tranquila posesión de una ventilla. Ellos andaban perseguidos y puestos a pregón, y ya que no podían entrar en poblado, ni por tanto, comprar ni vender en los ejidos, razonable cosa les parecía negociar con los que a tal prohibición no estaban sujetos y compartir amistosamente sus ganancias.

Asomó el primer grupo de feriantes: quince o veinte hombres, quién conduciendo caballerías recién compradas, quién cabalgando en buena mula y guardando en el clásico bolso verde de dos anillas los

brillantes centenes, precio de sus ganados, y quién, por último, a pie detrás de un mal borriquillo, porteando los restos no vendidos de su mercancía.

Avisó el vigía al capitán, asomóse éste a la puerta de la venta, y pareciéndole gente de paz la que se acercaba, dijo a su lugarteniente;

- Anda tú con ellos. No los esesnúes: que ca uno afloje asígún er pelo. Las bestias déjalas de dir: ¿pa qué queremos ese engorro?

Ya el teniente iba a cumplir el encargo, mientras los demás de la cuadrilla, para auxiliarle, requerían sus armas, y el capitán repuso:

- Ascucha; er bisco, que sabe e cuentas, que apunte lo que bayan largando. Miá que no quieo historias, y que entre amigos honraos no se ha de perdé un reá.

Ya iban a emparejar los caminantes con la venta, cuando el teniente, saliendo de ella con su tropa, gritó:

- ¡To dios a tierra!

Allí fué el temblar y el gemir de aquellas sorprendidas gentes; pero no hubo tu fía; tendióse una manta en el suelo y en ella fueron echando sus monedas. Pedíaseles a ojo de buen cubero: «Tú, cien napoleones; tú, cuatro jaras; éste que fié cara de haber bendío mucho y güeno, cuatro mil rundis; y este otro, que no yeba más que un borrico matalón, que no dé na y que Dios le ayúe».

Tocóle el turno a un hojalatero, mozo

como de veinte años, que caminaba a pie llevando su mercancía en un desmedrado rucio.

Y díjole el teniente:

- Tú, er de las latas, que plagueteas más que tós, no fiembles, hombre, que no te vamos a aqueyar. Suerta cuatro duretes y ¡al abío!

- ¡Cuatro duros!... - exclamó haciendo pucheros el hacedor de chocolateras. - Y ¿aonde boy por eyos? ¡Como no los robe!...

- ¿Qué es eso e robá? - saltó el que llevaba las cuentas de aquella improvisada recaudación de contribuciones *directas*. - ¡Aquí no roba nadie! Tenlo entendido, por si es puya.

- ¡Digo! - prosiguió el de las latas. - ¡Con la benta que he jecho!... Pos ¡no be usté que me traigo toa mi obra! ¡Si en ese mardesío pueblo no gastan, por lo bisto. más que oyas y casuelas!

Echáronse a reir los bandoleros y nuestro hombre se indultó dando treinta reales; pero, apesadumbrado de ello, preguntó a uno de la partida, mientras continuaba el desvalijo:

- Aunque usté perdone, ¿son ustés camarás de señó Juan el de Estepa?

Y como le respondiese afirmativamente, añadió:

- ¡Pos si señó Juan me quié a mí como si me hubiá parío! ¿Aonde está? que se alegrará e berme.

Dejáronle entrar en la venta. Allí, en un

cuartucho cerca del mostrador, estaba el capitán platicando mano a mano con una limeta de vino de los Moriles.

- Señó Juan de mi arma, - dijo el hoja-
latero abrazándole - ¡dichosos los ojos!
¿No me conoce usted?

- Pá serbirte, hombre, pá serbirte - res-
pondió el capitán clavando los ojos en su
interlocutor. - ¿Quién eres tú?

- ¡Miá qué...! ¡No se acuerda usted de la
tía Frasquita y del tío Diaguito er latonero,
lo cuar que le llamaban Berruga, por una
que tenía en semejante sitio, perdone usted
er mó e señalá, y de Rafaeliyo... ¡Pos si
me ha tenío usted en las roíyas más beses
que hojas menea un solano!

- ¡Yaaa! - dijo el capitán cayendo en la
cuenta. - ¿Conque tú eres Rafaeliyo...?
¡Por bía e nadiós! ¡Choca ahí, muchacho!
¿Quién te había e conosé?

Y después de contarle Rafaelillo que,
muerto su padre, él y la viuda se habían
trasladado a otro pueblo, en el cual iba
malirando con su oficio, añadió triste-
mente:

- Ahora, en esa feria, había yo jecho
una benta que ¡jasta ayí! Y misté por don-
de he benío a trompesá con la cuadriya, y
me he queao más encueros que una yabe.
Pero usted, señó Juan de mi arma, no pué
consentí esta enquisición.

- ¿Qué has dao?

- Treinta duros como treinta soles, señó
Juan: er pan de un año. No lo siento más
que por la pobresita e mi mare. ¡Esto le
ba a costá la bía!

- Güeno; pos aquí no ha pasao ná. Te bale er sagrao de que semos paisanos. ¡No quiero yo que tu mare se muera por mó e mí!

Y asomándose a la puerta gritó:

- ¡A bé, uno!

Acercósele un bandolero.

- A este mozo que le entreguen treinta duros y que se largue. ¡Pero que es ya!

No fué dicho cuando fué hecho. Y allá el hojalatero y su burro traspusieron como una exhalación.

Acabada la *cobranza* y reanudado el camino por los *contribuyentes*, comenzó la partija. Hubo trabacuenta. Al teniente y al *tenedor de libros* se les podían tostar habas en las mejillas. Señó Juan trinaba más que un rui señor. Al fin dióse en el hito.

- Pero es - exclamó el teniente - que er chabá e las latas se ha yebao treinta duros.

- ¡Lo que dió! - objetó el capitán.

- ¡Si es que no dió más que treinta riales!

Todos hicieron signos de asentimiento.

- De mó que... - empezó a preguntar el capitán, pero no terminó la pregunta sino para sus adentros; y explicándose ya lo sucedido, rompió a reir y dijo:

- Cabayeros, ¡güeno ha estao er chasco! ¡Ese estepeñiyo mos ha robao a tós! ¡Baya por la pobrecita e su mare!

EL ABATE MARCHENA FRENOLOGO



la tertulia nocturna del señor don Felipe de Cepeda, rico propietario de Osuna, concurría por los años de 1810 y 1811, lo más granado de la villa.

Para hablar amistosa y tranquilamente *de omni re scibili* se juntaban de verano en el anchuroso patio, y en invierno en la extensa cocina de chimenea de campana, bien provista de retorcidos tueros de olivo, don Ventura de Avila, administrador de los bienes del Duque de aquel estado y sabedor de las ciencias matemáticas; el padre maestro Flores, fraile del convento de Consolación y catedrático de la Universidad ursanense; el insigne poeta y humorista don Manuel María de Arjona y Cubas, luego canónigo magistral de Córdoba, y su hermano don José, asistente que fué de Sevilla; don Juan Pablo Fornér, autor del celeberrimo *Discurso apologético por España y su mérito*

to literario; los señores Miñano y Lista, que solían ir a Osuna algunas temporadas, y, en fin, varios catedráticos y clérigos ilustrados: la flor y nata de la villa.

El amo de la casa, el señor don Felipe, pariente de Santa Teresa de Jesús, no había heredado de la monja de Avila el asombroso talento; pero gustaba de acompañarse de las personas notables en saber, con agrado las escuchaba perorar y discutir, y muy luego tomaba partido por las que, a su juicio, llevaban razón en lo que sostenían, lo cual no era óbice para que la diese a los contrarios cuando esforzaban sus argumentos: de sabios es mudar de parecer. Y aun se dió muchas veces el caso de que, adoptando un *prudente término medio*, como él decía, entre una afirmación absoluta y una negación redonda, propusiese una composición semejante a ésta: «Dos y dos suelen ser cuatro, y a veces son seis: conformes; pero también puede suceder, siquiera excepcionalmente, que sean cinco.» Con lo que habría desplacido por igual a gibelinos y a güelfos, si güelfos y gibelinos hubiesen parado mientes en las argumentaciones del excelente señor don Felipe.

In illo tempore fué a pasar unos días en Osuna el *girondino español*, el abate Marchena, sabio originalísimo, político más estrambótico todavía y fravieso falsificador de Petronio. Era el famoso abate muy amigo del padre maestro Flores, en su celda tuvo fraternal alojamiento, y allí se

enteró de los progresos de la Academia titulada *El Silé*, a la cual pertenecían el buen fraile y casi todos los contertulios de don Felipe, sin que éste columbrase noticia alguna de aquella *temible sociedad secreta*, que tenía sus reuniones en la antedicha celda, si hacía mal tiempo, o, en otro caso, en el cortijo del Ciprés, de don Manuel Aguirre.

Sabedor don Felipe de que estaba en Osuna el celeberrimo abate de Utrera, el que tan malos tramos había pasado en Francia, en donde estrafalariamente fué catedrático de *ateismo*, quiso conocerle a todo trance, y enseguida rogó al padre Flores, por medio de una esquila, que le llevara a la tertulia aquella misma noche. Resistióse Marchena, pero al fin cedió.

Al presentarlo a don Felipe y a sus amigos, el presentante, en pocas palabras, enumeró los méritos del abate, entre ellos, el de conocer la nueva ciencia frenológica, en la cual se había dado un buen filo durante su estancia en la nación vecina. No fué menester más: don Felipe le instó y le reinstó para que sin cortapisas ni vanos respetos dijera lo que inducía acerca del carácter, temperamento, tendencias, etc., de cada cual de los allí presentes; y Marchena, después de resistirse a hacerlo, tuvo necesidad de acceder, pidiendo por adelantado mil perdones a aquellos de quienes, para no faltar a la verdad, dijera algo desagradable.

Sentado nuestro abate en un sillón, en frente de don Felipe, y puestos los pies, porque no le alcanzaban al suelo, sobre uno de los palillos de la delantera, comenzó su estudio y su peroración por el sujeto que estaba a su derecha y siguió de uno en otro.

Este, juzgando por las líneas de su rostro y por la forma de su cabeza, era hombre iracundo, con un genio de todos los diablos y capaz de llegar hasta el crimen por quita allá esas pajas; fortuna, que una buenísima educación había templado los efectos del carácter; «pero, con todo, — añadía — ¡mucho cuidado! no sea que se vaya la burra al trigo cuando menos se piense, y el corregidor tenga que danzar en el asunto.» El otro, canónigo por más señas, no es que hubiera errado la vocación; pero habría sido un esposo de los inmejorables: le gustaban sobremanera los muchachos y ¡claro! más que los ajenos deberían de gustarle los propios, si los fuese. Porque era el suyo un carácter dulce, expansivo, familiar, que no se compadecía bien del todo con las semicelebrosas durezas del celibato. El tercero, ¿cómo decirlo sin molestar? era hombre de los de *más vale cuenta que renta*; propendía a la ahorrativa, cualidad muy digna de elogio; si era casado y tenía hijos, había torcido el camino; él sí que debiera ser canónigo, y vivir en la reposada compañía de un ama vieja y de unas peluconas mucho más viejas que el ama... Y a

todo esto, el abate, de cuando en cuando, se levantaba, o mejor dicho, se apeaba de su sillón, y pidiendo la venia, tentujeaba el cráneo de los examinados.

Tocó el turno al buen don Felipe, y, como si tal persona no hubiese en la cocina, el abate saltó al sujeto inmediato y siguió haciendo diagnósticos y pronósticos de frenología. D. Felipe le dejó hacer, por no interrumpirlo; pero cuando los estudios se acabaron, dijo entre jovial y resentido:

- ¿Y yo? Pero, ¿y yo, señor don José?

- Señor mío - dijo reposadamente el abate, - usted es el dueño de la casa, el anfitrión, que ya he oído algo de traer unos dulces y una poca agua cristalina para con ellos. Con usted, pues, no reza este enojoso examen que he venido haciendo. Y aún pido mil perdones a estos respetables señores por todo aquello en que no haya acertado, y en que, aún acertando, les haya sido molesto. La verdad es licor siempre amargo y más bien se fraga media libra de miel que una gota de hiel.

- Pues bien reponía don Felipe, - la verdad quiero; la verdad monda y lironda. Soy uno de tantos y deseo saber cuál es mi carácter.

- Repare usted...

- No reparo nada - gritaba fuera de sí don Felipe. - ¡Mi carácter! ¡Mi carácter! Tomaré a ofensa que no me diga usted cuál es mi carácter.

- ¡Ea, pues! Ya que usted lo quiere, sea - dijo el abate. - Lo diré en dos palabras y para que todos me entiendan. El carácter de mi señor don Felipe está total y enteramente caracterizado por... por la característica ausencia de todo carácter.

Una explosión de carcajadas acogió las últimas palabras del abate Marchena.

¡Había dicho la verdad!

Y para darle la razón (que ya él, sin que se la dieran, se la tenía), dirigióse don Felipe, también riendo, al famoso abate, y le dijo:

- No sé como me ha conocido usted tan pronto. ¡Qué diantre de hombre!... ¡De seguro tiene usted algún diablillo familiar!

EL "ZABER,, DE MENENDEZ PELAYO



Al mediar el último decenio del siglo XIX mi maestro y maestro universal don Marcelino Menéndez y Pelayo, solía pasar en Sevilla una o dos semanas del mes de abril. No iba a divertirse en aquella renombrada feria, ni a gozar de aquella luz y de aquellos aromas de un paraíso que dejaría tamañito al de marras; iba a lo que va a todas partes: a ver libros, a extractarlos en breves notas, y, especialmente, a trasladar su jugo al portentoso cerebro, por medio de aquella mirada de águila. ¡Porque hay que ver leer a don Marcelino!

Habíale caído que hacer en Sevilla, aun más que en las bibliotecas públicas de la ciudad, con ser tan buenas, en dos particulares muy abastadas de libros peregrinos: la del Duque de T'Serclaes de Tilly y la de su hermano el Marqués de Jerez de los Caballeros. Sólo por la noche, en la

tertulia del Duque, daba alguna paz a la pluma el maestro veneradísimo. Alguna, digo, porque aún allí, al paso que hablaba afablemente con todos con la gentil llaneza tan propia de un verdadero sabio, repasaba, burla burlando, muchedumbre de impresos y manuscritos, sin distraerse ni de la conversación ni de su tarea, como si tuviese dos atenciones distintas, hijas de dos entendimientos diversos.

Allí, entre otros, alguno forastero como don Braulio Pizarro, — opulento terrateniente de Extremadura, grande amigo y admirador del torero *Guerrita*, y hombre culto a la par, que lo mismo lanceaba un toro que decía versos y cantaba *alboradas* gallegas y *fadiños* portugueses, — allí, entre otros, digo, Gómez Imaz, Montoto, Hazañas, Valdenebro, Gestoso, Chaves y los hoy difuntos Torre Salvador (*Micrófilo*) y Serrano Sellés, y yo con ellos, pasábamos la velada embebecidos, escuchando a aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario, para que el maestro no dejase de maravillarnos con su sabrosísima habla, maná que sabe a mil cosas, todas exquisitas. ¿Tocaba Serrano en punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver cómo el maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez *divinos* Vallés. ¿Nombraba don Luis Montoto a algún poeta de Sevilla obscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para don Marcelino; antes contaba de pe a pa su vida y milagros,

y nos recitaba a la guitarra (como allí dicen) sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del doctor Torres Villarroel, de su *Diálogo* con el ermitaño y de la piedra filosofal, y tomó ese hilo el maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados más de una hora hablándonos de Alquimia. ¡Claro! ¡Como que él había favorecido al benemérito Luanco, dándole a conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La Alquimia en España*!

Pues, con todo esto, no faltó quien pusiera en tela de juicio el pasmoso saber de Menéndez Pelayo: una pulga (y no es todo metáfora en esta frase) se atrevió a medir al águila caudal con sus diminutísimos ojos, y ¿quién lo imaginará? a medirse implícitamente con ella. ¡Para que demos gracias a Dios porque ha hecho de todo en este mundo!

Al llegar la feria de uno de aquellos años, los amigos de la tertulia convinimos en llevar a almorzar al maestro fuera de la ciudad, a la por cien estilos famosa Venta Eritaña. Y allá encajamos. Era una mañana espléndida del abril sevillano, al cual ningún otro abril le echa el pie delante. Entramos en el amplio jardín de la Venta para ocupar el merendero que nos habían preparado, y al pasar junto a otro en que se disponían alegremente a almorzar con varios amigos unos toreros de la cuadrilla del Guerra, nos salió al encuentro el buen Braulio Pizarro, que con ellos

estaba. Hiciéronnos entrar y nos detuvimos allí un poco, gustando unas copas que nos ofrecían y charlando cada cual con quien encartó. Uno de los de coleta, medianillo de cuerpo, que banderilleaba en la cuadrilla del *Califa*, y que lucía media libra de oro en la cadena del reloj y relumbrantes diamantones en la pechera, miró con curiosidad a don Marcelino y, advirtiéndolo Pizarro, le dijo a media voz:

- ¿Tú sabes quién es ése?

- ¿Quién es? - preguntóle respondiendo el que por no dejar la metáfora llamaré *Pulga*.

- Ese es... ¡casi nadie! - dijo don Braulio con un mohín de encarecimiento. — ¿Tú ves que el Guerra es una Catedral?... Pues este hombre es un alcázar y las pirámides de Egipto. Es... ¡Menéndez Pelayo!

Volvió a mirar al maestro el de la coleta y dijo a don Braulio con naturalidad candorosa:

- En mi ziyetera bía lo oí mentá. Y ¿que es? ¿Es generá? ¿Es quisás ministro?

- No, hombre; no es general ni ministro - repuso Pizarro; - pero haí donde tú lo ves, tan humilde en su aspecto, es el sabio más grande que hay en toda España y uno de los primeros del mundo.

Miró entonces nuevamente el torero a don Marcelino, esta vez despacio y con mirada escrutadora, midióle con ella de pies a cabeza lentamente, mientras daba una gran chupada al chicote, y después de

arrojar el humo por donde fumaba y escupía, por junto al colmillo izquierdo, volvió los ojos a su interlocutor para preguntarle entre incrédulo y desdenoso:

—Y ¿qué ez lo que zabe eze hombre?...

.....
Fué un juicio, un señor juicio el del torero.

En tiempos pasados, cuando las gentes creían en la otra vida—que hoy eso anda perdido—sólo había un negocio digno de toda la atención del mundo: la salvación del alma. En los menguados tiempos que ahora corren hay únicamente otro negocio principal: el hacerse rico, sea como quiera.

Y ¿qué sabe quien no sabe eso?

Así, pues, tenía mucha razón el hombrecillo de la coleta. «Qué ez lo que zabe eze hombre?...»

UN GRAMATICO PARDO



ERON las cuatro, se fueron los escribientes, y el abogado de las tres *emes*, don Manuel Marín Moreno, después de recoger de una bandejita de plata las ocho o diez pesetejas que habían producido aquel día las consultas verbales, se puso a pasear a lo largo del despacho, dando vueltas en el márgen a los asuntos que tenían encomendados a su pericia los pleiteantes osunenses.

- Con licencia - dijo un voz desde el zaguán; y dando la tal licencia por otorgada, colóse en el estudio un paleta como de cincuenta años. Ya la inflexión *sui generis* de su acento y pronunciación sibilante de las *ces* suaves habían revelado a don Manuel que el visitante era de Martín de la Jara, pueblecito del cual sale un hombre a buscarse la vida, llevando un mal jumento, y al regresar a los seis u

ocho meses con una lucida recua de mulos, si le preguntan cómo en tan poco tiempo ha podido prosperar así, contesta, extendiendo los brazos y remando en el aire: «¡Naando!»

Comenzó la consulta. El jareño, que no era *lefo ni escribío*, quería *tomaye* un parecer al *abogao*. Otro jareño le debía una cantidad, de un *empréstame*, hacía *bentidos* años, y ¡las cosas *er* mundo! nunca se la había *pedío* por justicia, porque eran amigos y el deudor andaba siempre *atracao*. No le había *pagao* por cuenta ¡ni esto! (y hacía sonar la uña del pulgar en los dientes superiores). *Dichosa* trampa (*dicha trampa*, quería decir) constaba en un documento privado. Por más señas, que el consultante se lo había dejado en el pueblo. «Esta *condená* memoria mía...»

—Pues con esos antecedentes desagradable respuesta puedo dar a usted —dijo el abogado. —Esa deuda ha prescrito.

—¿Pres... qué? ¡able usted en palabras cristianas.

—Quiero decir que, habiendo pasado más de veinte años sin reclamar, el deudor puede negarse a pagarle a usted. La ley entiende que el acreedor indolente que dejó pasar veinte años o más sin pedir lo que le adeudan merece que no le paguen.

—Y ¿qué ley dice eso? ¿De mó que el tramposo se va a quear riendo?

—Eso es. Y usted llorando. Usted se tiene la culpa.

— Pos... ¿qué quiusté que le diga? Qué me alegro con toa l'arma.

— ¡Hombre...!

— Poique ¡baigan berdaes! yo soy er tramposo. Y diga usté: ¿podrá usté apun-tarme eso en una mijiya e papé?

(*El abogado entre dientes*). ¡Caracoles, con la gentecita de los pueblecillos! (*Alto*). Sí, hombre; y ya veo que es usted buena púa para un peine.

Sin sentarse, el letrado cogió una cuartilla de papel y empezó a escribir sobre un extremo de la mesa. Como el fintero estaba en el centro de ella, el bueno de don Manuel alargaba el brazo con algún esfuerzo para mojar la pluma. Al escribir, decía a media voz, como dictándose. «La ley quinta, título octavo, libro once, de la Novísima Recopilación dispone que la acción personal y la ejecutoria dada sobre ella prescriban a los veinte años.

— Jaga usté er fabó de no escribir más — interrumpió el paleta — y benga ese papé; que yo pago tó lo que ba andao jasta ahora.

— Pues, hombre, ¿qué pasa? — preguntó atónito el de las tres *emes*.

— Muy sensiyo. Lo que pasa es que... ¿Me da usté palabra de no enfaarse? — Lo que pasa es que estaba yo mormurando pa mis entretelas, y ije... igo...: «cuando este hombre no ha cafo en arrimarse ar fintero, ni en arrimá er fintero, y está pasando las morás y las berdes pa escribí esos garrapatos, malamente pué caé en

er qué e la eficurtá de lo que le he preguntao ».

El letrado se echó a reir y dió el papel al jareño, diciéndole:

—Tome ustdd... y nada me debe. Bien pagaeo quedo con esta ldcción de gramática parda.

LOS AVANZADOS



N los meses, y aun en los primeros años que siguieron a la revolución de septiembre de 1868, cundió por ciudades, villas y aldeas una tal calenturilla (calenturión en algunas partes), que todos a más y mejor disparataban a fuerza de exagerar.

La libertad se nos había subido a la cabeza a los primeros sorbos. Un Ayuntamiento abolió por sí y ante sí los cánones del Concilio Tridentino; muchos pobres soñaban con el pronto repartimiento de los terrenos *de propios...* y aun *de extraños*; Castelar, el famosísimo orador, afirmaba en la Lonja de Sevilla que decir *re-pública federal* era lo mismo que decir *miel sobre hojuelas*; y cada ciudadano, porque entonces no había aldeanos, villanos ni campesinos, y éramos ciudadanos

todos, para poder darnos por aludidos
cuando algún patriota cantase

Aux armes, citoyens...

cada ciudadano, digo, se creía capaz de
arreglar el mundo en un periquete.

No se tenía por lerdo, a buen seguro,
el tío Antón, arriero, vecino de uno de
los pueblecitos que rodean a Sevilla. Aun-
que no era *mu leío ni escribió*, había
servido al Rey, quiero decir, a la Reina -
¡bien que le pesaba! - y aun anduvo su
nombre en boca de su teniente, sobre si
habían o no habían de darle los galones
de cabo. En cuanto a republicano, éralo
más que Sixto Cámara, como él decía:
¡Apenas si pensaba nuestro hombre en *la
niña*: en la república!

Justamente iba pensando en ella al salir
detrás de sus seis desmedrados jumentos
por la calle de San Jacinto, de Triana,
cuando apuntaba el sol de una mañana de
marzo. Era la hora de *matar el gusanillo*,
y para matarlo entró en una taberna que
halló al paso, no sin librar antes al *liviano*
del peso de unas alforjas en que llevaba
la comida y un corte de vestido para su
mujer. «Más vale un *por si acaso* que un
¡quien pensara!» dijo a media voz.

Pidió media copa, procurándose junto
al mostrador un sitio, cosa que le costó
algún trabajo, porque la tabernilla estaba
llena de gente. Un zapatero remendón de
la vecindad, orador callejero de gran fa-

ma en el barrio, estaba en el uso de la palabra.

- La república española - decía - fié que sé unitaria: no hay que darle güertas. Pensá en la federá es pensá en que cá probinsia y cá pueblo se esapegue e los demás, y ya entonces España no es España.

- ¿Qué está usted disiendo, criatura? - interrumpió indignado el tío Antón, mientras le echaban otra media copa. - Usté, por lo visto, es un urtramontano como una casa. Yo abanso más: la república fié que sé federá; cá probinsia es una república chica y toas juntas jasen una república grande. Pos si no, ¿qué quíe isí artonomía?

- Esa es la chachi - jaleó uno de los circunstantes, muchachote larguirucho y desarrapado que iba para torero, bebiéndose, de camino, la media copa que para el tío Antón habían echado.

Este reparó en ello pero se dió por idempleado con la lisonja, pidió otra media copa y preguntó al zapatero que estaba un tanto mohíno:

- Entonces, ¿cómo creerá usté que deben jaserse los casamientos?

- ¡Mía que salía! - respondió desdeñosamente el remendón. - ¡Ni que isir tiene! Por lo sebí y ná más que por lo sebí!

- Cuando digo que está usté enterao! - repuso burlonamente el tío Antón. - ¡Ni por lo sebí ni por lo carabinero! Yo abanso más. En ajuntándose cá uno con cá

una, ¿pa qué más serimonias? Yo te acomoo, tú me acomooas, y ¡en pá!

— ¡Baliante cacho e bruto está usté, compare! — dijo el zapatero mefiendo a barato la controversia.

El tío Antón echó mano a la vara. Hubo palabras gordas y cachetes no menudos, y fué necesario andar a chiquitos para poner paz entre los dos ciudadanos.

Quedaron, al fin, solos el tabernero y el tío Antón, pagó éste su aguardiente y parte del ajeno, fué a coger las alforjas que, por su cuenta, estaban al pie del mostrador, y... ¡el sitio!

— ¡Esta sí que es güena! — exclamó cari-acontecido. — ¡Me han quitao las puñaleras arfojas!

Y el tabernero repuso con socarronería:

— A tó hay quien gane, tío Antón. Usté abansa mucho pero ese que se ha llebao las arfojas, ese abansa entoavía más.

HIDRODINÁMICA SOCIAL



El pueblo es muy rico de aires, pero muy pobre de aguas. Las potables se alumbran por una galería subterránea abierta el año de 1529, y de su caudal enajenó el Consejo algunos chorrillos a contados particulares, con la condición de que esta agua de pie se les cortara de todo en todo cuando padeciese escasez el vecindario. Esto rezan las escrituras de la concesión; pero uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla: sobre ellas estaba la omnímoda voluntad del famoso Gálvez, viejo alarife, maestro fontanero de la villa, con más gramática parda que libras de carne en su atonelada persona.

Así, cuando en las vísperas de Navidad subían por la pendiente calle de Granada hasta la casa del dicho maestro arreados por sus conductores, los bien cebados animalitos de San Antón, los pavos presumi-

dos y vocingleros y los burros que porteban arrobes, cántaros del dorado aceite lechín, estos regalos aun para el menos lince eran señales ciertas de dos cosas futuras: de que esperaba un buen invierno al obsequiado y de que el verano próximo, como los anteriores, había de ser tan escaso de agua para los pobres, que la tomaban en las fuentes públicas, como abundante para los ricos, que la tenían en las particulares.

Así las cosas, una Navidad de aquéllas, puede haber ahora cuarenta o cincuenta años, faltó en el anual concierto uno de los elementos que lo hacían más armonioso y agradable: las seis arrobas de aceite que solía enviar al complaciente maestro de la villa el Marqués de Verdeotero. A la cuenta, o este señor había padecido una distracción lasiimosa, o al arreglar el presupuesto de su casa había suprimido aquel renglón que, en rigor, no era agasajo y cosa *gratis data*, sino cohecho y siembra, pues por mundológica maravilla casos hay en que a fin de cosechar agua se derrama aceite. Mal puso al fontanero aquella inesperada omisión, y por si era involuntaria, dispúsose a tentar con la sonda de su astucia el fondo del alma del Marqués.

Y recordando el añejo cuentecillo del estudiantón que comía al fiado en una venta, y para insinuar a la huéspedea que no le había puesto vino preguntábale con finjido tartajeo: «¿Vino... vino el hués-

ped?», se dispuso a hacer cosa parecida, aun a riesgo de que el Marqués le respondiese como respondió al estudiante la ventera: «*Agua... agua... aguardándolo estoy*».

Por aquellas calendas los abastos de la población urseaonense, excepto la carnicería y la pescadería, que contaban con edificio propio, instalábanse cada mañana en la plaza de la Constitución; los panaderos ponían sus enmantadas tablas sobre sendos catrecillos y apilaban en ellas, por clases, las hogazas, medias, cuarterones, bollos y roscas.

Señó Juan el Sevillano y su pan lucían entre todos los panes y los panaderos; éste por su extremada blancura y aquél por sus grandes y andalucísimas patillas de boca de haclia.

De ordinario, junto a cada tabla había una tertulia y a la de *señó Juan* concurrían diez o doce sujetos de lo más granado; personas que salvo en sus casas y en sus ranchos o cortijos no comunicaban con nadie sino allí, o al tropezarse, de higos a brevas, en algún entierro.

A la tabla del Sevillano iba tal cual vez, cuando había buen tiempo y no se levantaba tarde, el buen Marqués de Verdeotero, y allí, días después de la Pascua de Reyes, fué el maestro Gálvez a hacerse el enconradizo con su hombre.

Hablábase de lo de siempre: de las sementeras, y, en especial, de que el mal año entra nadando, como había entrado

aquél; y tomando pie de ello el picado alarife, observó sentenciosamente:

- Lo peor que suelen tener los años que así empiezan es que después se niegan las aguas y no hay ni para darle de beber a un chamariz.

Y añadió con refintín, encarándose particularmente con el Marqués.

- ¡Ya se verá cuando llegue el verano!

El Marqués, ocupado en echar una yesca para encender su tagarninero chicote, daba reiterados golpes en el pedernal, y, o no escuchaba, o fingía no entender a aquel Padre Cobos redivivo. Y éste, a pocas palabras que dijeron sus interlocutores, reforzó así la andanada, mirando con fijeza al Marqués:

- No hay ciencia en el mundo como la experiencia. En el manantial del agua que todos bebemos, estoy columbrando yo, por ciertas señales (claro es que aludía a lo del aceite), que todas las aguas, las del cielo y las de la tierra, van a escasear mucho este año.

Verde y con asa, alcarraza. Pero el Marqués, ¡como si tal cosa! Y Gálvez, al fin, saludó de medio mogate y echó a andar, jurando y perjurando allá en sus adentros que había de hacer y que había de acontecer.

Era la Marquesa una señora aficionadísima a las flores, y, no contenta con el amplio jardín de su casa, tenía en uno de los extensos patios dos grandes maceteros de gradería, con millares de macetas,

cuyas variadísimas plantas, floríferas las más, deleitaban los ojos con la profusión y vistosa mezcla de sus cien colores diversos y el olfato con sus delicados aromas. Mirándose en ellas, como en un espejo, estaba la Marquesa, cuando una tarde, apenas pasado el día de San Juan, díjole uno de sus criados:

- Señora, han cortado el agua de la fuente y no podemos regar.

¡Gravísimo apuro! Tres días sin riego, y visto el grande calor con que abría sus puertas el verano, ¡adiós macetas! En el agua de los pozos no había que pensar: era salobre. Y acarrearla de la fuente parecía empresa para soñada; con tantos aguadores y tantas pobres mujeres, cántaro en mano, esperando su turno... Pues mandar por agua a una de las casas principales... primero la muerte. Pero, ¿a qué se debía aquella súbita carencia?...

El Marqués, oyendo las exclamaciones y los tristes vaticinios de su mujer, arrepentíase con toda su alma de la voluntaria y secreta supresión del maldecido regalo, pero callaba; callaba discretamente. Por lo visto, contra lo que él había supuesto, el lustre de su título no valía tanto como seis arrobas de aceite.

Y gritaba la Marquesa:

- Ya lo ves: a tres partes he mandado a preguntar, y en ninguna han cortado el agua sino aquí. Sólo de tí se burlan, a pesar del aceite que regalamos a ese tunante; a nadie más que a tí tratan como a un

dominguillo; únicamente mis macetas están condenadas a muerte. ¡Qué pesadumbre y qué vergüenza! En ridículo estamos ante el mundo entero, y tú verás cómo en seguida pones remedio a esta judiada, o iré yo a decirle al maestro Gálvez las cuatro y aun las cuatrocientas frescas que merece.

El Marqués temblaba de imaginar que se descubriera su malhadada resolución económica, y dió a su mujer palabra de que todo se arreglaría sin perder tiempo.

Matando el gusanillo, que así llaman en Andalucía a tomar el aguardiente por la mañana, estaba a la siguiente con sus compinches el ínclito maestro Gálvez, a la puerta de una tabernilla de la plaza, cuando vió venir desemblantado al Marqués, y pensó: «¡Ya pareció aquello!», regocijándose en las entretelas de su corazón de que tan pronto hubiera resonado en la morada señorial el suave golpecito dado el día antes en una de las llaves de paso de la alcubilla.

Noble y plebeyo hablaron pocas palabras, pero substanciosas, haciendo el mejor comentario a aquel soneto de Quevedo que empieza:

•El ciego lleva a cuestas al tullido•...

He aquí el breve diálogo:

- ¿Qué novedad, señor Marqués?

- Pues, hombre, bien debía usted saber

la que hay. ¡Buen rato ha dado usted a la pobre Marquesa.

— No atino. ¿Qué sucede?

— Que el agua no baja.

— ¿No baja? — preguntó socarronamente el fontanero. — Pues lo siento mucho. Y, valgan verdades: desde la Navidad pasada estoy yo sospechando que esto había de suceder. Porque como dice la coplilla:

* Cuando los elementos
andan *trocaos*
viene ardiendo la nieve
y el fuego *helao*.

— ¿Cómo trocados? — interrogó el Marqués, aparentando no entender las camándulas del sanchopancesco alarife.

— Digo — repuso éste, recalcando la voz en toda la expresión — que cuando el aceite, que es tan ligero, *no sube*, el agua, aunque es más pesada, *no baja*. ¿Lo entiende usted ahora? Suba el aceite y bajará el agua, y volverá a andar el mundo como solía; que no hay hombre sin hombre, y una mano lava la otra, y las dos la cara.

UN TANGAY



ON Juan María Varona, antiguo director y docto catedrático del Instituto de segunda enseñanza de mi pueblo, poseía una viñita no lejos de él y un caballo manso, algo trotón, para ir a ella y regresar a su casa. No estando ya para aquellos trotes y temiendo dar de costillas en el camino el día menos pensado, se resolvió a mudar de cabalgadura y a servirse de un jumento; pero como no lo tenía, encargó a cierto corredor de cuatroleas que se lo proporcionara. Había de ser un burro de buena edad, medianito, manso, seguro y un tantico ligero de piés.

De tal corredor, que todavía *vivit et bibit*, ya que no *vivit et regnat*, y a quien llamaré el Chato, por si lo fuere, daré alguna noticia a mis lectores. Es *castellano*, un poco agifanado a causa de su confínuo

roce con la gente egipciana; y entre la gracia natural, que tiene mucha, y la que rodando como cáñaro boquino se le pegó de las compañías, que no es poca, cuenta con la bastante para hacer reír a un cementerio. Habla tan pintorescamente, de tal modo esmalta sus conversaciones con sus *golpes* de ingenio y con mil modismos, refranes, coplas, cuchufletas, sucedidos y cuentos, que no se le puede entender sin notas.

Aquello es un tratado viviente y completísimo de *folk lore*: a fe que cuando yo preparé para la estampa mi colección de *Cantos populares españoles* le debí no pocos. ¿Se le pregunta, pongo por caso, qué concepto tiene de tal o cual persona, que pasa por informal y de poco juicio? El responderá, emitiendo el suyo, con dos versos de una *playera*:

- Fulano es lo que dise la copla:

«M' asomé a la muraya,
Respondió er biento».

¿Se queja de que, tras de mucho andar hablando a unos y a otros para que cuaje un trato, el vendedor y el comprador no le han dado ni las gracias? Pues lo dirá de esta manera:

- ¿Pos no se ha pensao la gente que yo he benío ar mundo pa mudar de aires? Que anda, que güerbe, que ayégate otra bé, que bentiocho, que bentidós, que ben-

fisiete, que bentitrés, y cuando se jase la escritura,

«Por tí, lirio, por tí, rosa,
Por tí, claber encarnado...»

A este sujeto encargó el licenciado Varona que anduviera a la vista, por si *salía* un borriquillo de las cualidades prefijadas. Uno tenía cabalmente el mismo Chato, que ni pintado para don Juan; pero se *aplasiró*: diciéndolo, vendería el jumento, sí, mas no podría cobrar el corretaje.

Por la calle Cueto iba nuestro hombre pensando en buscar un *tangay*, cuando he aquí que se tropezó con un segador, granadino a juzgar por las enagüetas, y que tenía toda la traza de haber pasado en el hospital no pocos tramojos, bien soltando un tabardillo cogido en el tajo, o bien curándose de otro mal pescado en parte menos venilada. Y como si lo conociera de toda la vida, lo paró y entablaron esta plática:

- ¿Andas ya mejor, hombre? Me tenías con-cuidao...

- Dios ze lo pague a usté, mi amo, aunque no jago memoria de zu cara. Ahí he pazao las moraicas en ese hospital. Hoy m'han dao el alia.

- ¿Y qué piensas jaser ahora? Agosto ba saliendo y los de tu cuadrilla se habrán najao, digo yo.

- Puez ahora...

Y el segador se interrumpió, movien-

do repetidamente la cabeza de un lado a otro, en señal de perplejidad.

- Por ahora - repitió el Chato - lo que te corre prisa es buscá pan pa el día.
¿Tíes pan?

- Ni agua.

- ¿Quiés pan?

- ¡Lo que ez quererlo!... Pero yo no ez-
toy entoavía pa trabajar, ni quea una raz-
pa en pie.

- Por eso es er gorpe, so torpe: comé
sin trabajá; que eso no será birtú, pero es
salú. ¡Que trabaje er que atisa! Oye: un
arbú t'ha caído, que bas a ganarte una pe-
setita más ronda qu'er só y más blanca
que la niebe en peya, en menos que se
presina un cura loco: Dime: ¿tú nunca has
sío *tangay*?

- ¿Tan... qué?

- *Tangay*, esaborío. - ¿No chanelas er
caló?... Alebanta er párpago, qu'has pi-
sao un queso. Abíbate, hombre, que pae-
ses mismamente un ratón ajogao. Pa bibí
en er mundo es mesté andá con tanto ojo:
camarón que se duerme, se lo yeba la co-
rriente.

Y el Chato, ce por be, enteró de su
plan al segador. Este, fingiéndose dueño
del burro y poniendo su mérito por enci-
ma de las nubes, había de pedir veinte du-
ros por él; don Juan ofrecería diez. En
fin, que era necesario vender el animalejo
en trescientos reales.

Recogieron el asno y se fueron hacia la
casa de Varona, no sin que el Chato, por

el camino, explicase minuciosamente al segador todo lo que tenía que hacer y que decir. Llegados a ella y luego que don Juan salió a la calle, acercósele el corredor y le dijo al oído, guiñando antes picarescamente el ojo derecho:

- Aquí ha caído un parbulito. Er burro es como una rosa; bale treinta oblonos lo mismo que un ochabo; y el amo, aunque granaño, es de Gilena; quieo desí, que está jilando. ¡Güen corretaje boy a meresé!

Y dirigiéndose al segador, dijo:

- Menea esas tabas y pasea ese muñeco e feria. Que señó Juan diquele sus habilidades.

El *tangay* tiró del ronzal y arrancó a andar despacio.

- Echa jumo con la bestia, mala sombra; que no tenías precio pá yebá una mala noticia.

Don Juan miraba el jumento a través de sus gafas y el Chato decía a media voz, como hablando consigo propio:

- ¡Eso es una pintura en er mundo! Bonito, bien andao, seguro, noble, con la edá en la boca, sano como una perita... ¡Baya un borrico e plata!

Y dirigiéndose a don Juan exclamó:

- Señó Juan de mis ojos, si usté no compra esa prenda, la compro yo. Una alhaja de esos requilorios se bende al chiyío.

El licenciado movía la cabeza en señal de asentimiento.

Volvió el segador con el burro, al cual abrió el Chato la boca para verle la dentadura; le alzó después los párpados, le hizo aire con el sombrero para reparar si pestañeaba, le metió la mano por la braga, y montando en él de un salto, lo espoleó con los talones obligándolo a trotar y a correr. Apeóse al fin, y dijo al *tangay*:

- Estos basos e sangre tós tienen su botana. Hay su mijita e farta, como en toas las cosas. Bamos a bé, ¿cuánto quies por este mosquito biolín?

- Beinte duros - respondió el segador desmayadamente, como quien no servía para el papel que se le había encomendado.

- ¿Qué has dicho, ladrón? - objetó el Chato, escandalizándose por de fuera. - Estás en tus cabales, o será mesté que güerbas al hespitá? ¿Bas a bendé la corona rear de España, o un borriquillo que paese un bichito e la lú? Píe en rasón y jaste cuenta que no es una preñá er que trata contigo. Te se ba a dá por este juguetillo e feria que no resiste un soplío, lo que bale: dies duros, que contaos en cuartos pesan más que tú y que é.

- No, diez duros no - contestó el *tangay* secamente.

- ¿Quiés tú que yo te diga las fartas que tié er jumento? - repuso el Chato, haciendo un nuevo guiño a Varoná. - Pos aprebén la oreja.

Y habló al oído al segador, aunque sólo para decirle:

- ¡habla con resura, mardesío, que pae-se que te han cuajao en un guiso e espárragos, como güevo e dos yemas! Enfáate, di que er borrico no es robao; que bale un miyón y te queas corto; que, por sabé, sabe hasta oír misa. Pie diesiocho duros lo úrfimo; y aluego, en cuantito que yo corte, que corte, en quínse, te dejas queré y y dises que sí de mala gana. Cuenta con dos beatas, plomo.

Y separándose del segador, añadió en voz alta:

- Con que ya bes tú si ese embuste con patas fié o no fié más fartas que un juego e pelota. Güerbe a peí en consensia y jaste cargo que no es robao er dinero: que lo ganó señó Juan en su cátedra, enseñando a los estudiantes a chiflá en fransé. ¿Quiés por ese borrico lagañoso...

- Dieciocho duros y ná menos.

- Pero, hombre de Dios, - dijo don Juan, terciando en el diálogo grave y enfáticamente. - ¿Usted ha creído, por ventura, que los hombres de estudios no lo sabemos todo, hasta lo que valen los asnos? La célebre burra de Balaam, magüer que hablaba, y el no menos famoso asno de Apuleyo, no embargante que de tal sólo tenía la figura, no hubieron de venderse en tanta cantidad de numerario como usted demanda por este demedrado jumentillo. Por dieciocho duros se compra hoy el volador caballo Pegaso, fueras en-

de si no quisiesen las Mnemosinas proceder a su enajenación.

— Eso es lo que este punto quiere — saltó el Chato: — firarnos el pego y jasta er pegaso, que é un pego grande. Benga acá una monea, señó Juan.

Y tomando una de medio duro de manos de éste, fuese con ella hacia el segador y le dijo:

— Bas a emborsicarte dose durasnos por ese mequetrefe. En tu siyetera bía has bisto tú tanto inero junto. Toma esta monea, que es de plata fina, y a amarrá er mislo.

— Que no, que no, — respondía escuetamente el *tangay*.

— ¡Toma ayá, mal hijo, que te lo manda tu pare, que esté en gloria!

Y como aquél entendiese que era el Chato quien se lo mandaba embozadamente, alargó la mano para tomar la señal. La cábala se forcía y, alarmado éste, dijo precipitadamente y en voz baja al granadino:

— Pucha que nanay. (*Dí que no*).

— ¡Pucha que nanay! ¡Pucha que nanay! — gritó el segador a voz en cuello.

— ¿Qué dice ese hombre? — preguntó asombrado el catedrático. — ¿*Pucha que nanay?* ¿Qué significan esas palabras exóticas que nunca leí en mis libros?

— Lo que significan — repuso el Chato — es que er tío éste ha perdió la chabeta. ¡habla en cristiano! ¿Qué dises, que no te entiende ni la mare que te parió?

El *tangay* estaba alelado y boquiabierto, al par que medrosico, no entendía jota de todo aquello.

En esto, los hijos del Chato, que salían de la escuela, acertaron a pasar por la calle en que el trato se verificaba y dándose cuenta de ello, el mayorcito, se abrazó a las piernas de su padre, llorando si tenía qué y diciendo a grito pelado:

- ¡No bendas mi burro!...

Llenóse de asombro don Juan, se archialeló el segador, y esmorecióse el Chato; pero sacando fuerzas de flaqueza, y ya a la desesperada, cogió al muchacho y, queriéndoselo comer con la vista, le dijo:

- Niño, yo no soy tu padre: tu padre es este tío de las nagüetas. Abrázalo a él.

Y el chiquillo aperreábase más y más, gritando:

- ¡No, no! ¡Mi padre eres tú! ¡Er burro es mío!... ¡Es mi Peneque!... ¡No lo bendas!... ¡Este tío es un *tangay!*... ¡Un *tangay!*...

Don Juan se hacía cruces, así como sueña, y exclamaba:

- ¿*Tangay?*... ¿*Tangay?*... ¿Qué palabra es ésta? ¿Vivimos entre cristianos, o entre moros? ¿Hemos perdido el seso? ¿Qué pasa aquí? Chato, ¿que es esto? Niño, ¿qué es un *tangay?*

- Un amo fingió - respondió sollozando el muchacho.

Ya era imposible que continuase la comedia, y el Chato, desolado, se arrodilló delante de don Juan, diciendo:

- Señó Juan de mi arma, perdón! ¡To esto ha sido una engañifa! Mío es er burro, pero la curpa no es mía, como hay

Dios, sino de una puñalera mujé qu tengo a pupilo y no la pueo echá de mi casa.

- ¿De una mujer? - preguntó don Juan.

- Ahora lo entiendo menos, hombre.

¿Qué lío es éste? ¿Qué mujer es esa?

Y respondió el Chato:

- ¡La Carpanta, señó Juan, la Carpanta!

LESIONES SIN DISPARO

Y DISPARO SIN LESIONES



! *Curriyo* er de *Ecija*, gitano de los pocos que no reniegan de su abo-
lengo, hubiera podido
vender, siquiera a dos
cuartos el almud, la sal
de sus graciosas ocu-
rrencias, de sus inge-
niosos dichos, otro gallo le cantara. A fe
que habría hecho casa con azulejos. Pero
no hizo ni aun choza; porque vender sal
en Andalucía es como vender peros en
Ronda; como llevar lechugas a Atenas,
que dicen los clasicistas. ¿Dónde, en An-
dalucía, la tierra de María Santísima, no la
hay por cargas?

Con todo, yo quiero referir una anécdota del genial *Curriyo*, siquiera porque su nombre quede escrito una vez en papel sin sello, ya que en el sellado figuró no pocas veces.

Sobre si un trato era trato o no, sobre

si la cuatropea estaba vendida *pá sécula sin fin*, y ya no había *tío pásame usté el río*, sino *diñar los jayares* y pagar a focateja los seiscientos *rundis* en que había sido tratada, *Curriyo* tuvo palabras con un *gachó*: con un castellano *agitanao*; y después de mentarse las madres (gran fundamento de derecho), como la memoria de éstas no dirimiese el litigio a gusto de ambas partes, gitano y castellano acudieron incontinenti *a mayor tribunal*: al de las *jerramientas*. El castellano, que debía de ir para Murillo, pintó un *jabeque* en la más que morena cara de *Curro*, y éste, que no había *madrugado*, pero cuya dignidad no le permitía sufrir con buen aguante un *corte de cara*, disparó una pistola sobre su adversario, y acertó en no acertarle.

—¡Anda!—dijo *Curriyo*, en el colmo de la ira, cuando le sujetaban varios transeuntes: — ¡Por feo no te ha querido la bala!

Tenía buena encarnadura y sanó muy pronto, sin quedarle deformidad; al contrario, según los médicos, el chirlo heroseaba aquel gitano rostro, rompiendo graciosamente la dureza de sus facciones. Quedó, pues, reducido a mera falta el exceso del castellano (hay quien dice que para elló el unto de rana hizo maravillas) y siguieron las actuaciones contra *Curro*, por el disparo de arma de fuego.

Se le recibió declaración indagatoria y luego traspapeláronse los autos, pasaron meses y meses, y *Curriyo* se las prometía

tan felices, que cuando le preguntaban en que había quedado lo del tiro, respondía desentendiéndose maliciosamente:

- ¿Lo der tiro... de cabayos der Marqués? Se bendió ar chiyío en feria de Mairena; ¡eran de mi fló aquellos bichos!

Llegó a Ecija un nuevo juez: justicia de enero. Examinó los registros de negocios y pidió los procesos atrasados; pareció el de marras; *cubriéronse fechas* a todo correr, con diez fábulas de exhortos perdidos y otras tantas leyendas de recordatorios no ganados, fué sufrido el papel (que lo es siempre), se dictó sentencia y llamaron a *Curro*.

Cuando la *cañí* que compartía con él las hambres, los sustos y el fementido jergón le dijo que lo citaba el Juzgado, exclamó (tan no pensaba ya en el proceso de antaño):

- ¡Undebé del Otarpe! ¿Qué será esto? ¿Se h brá golío er libanó las cinco yeguas que andaban a plao? ¿Se habrá berreao el Cojete sobre los arfeñiques de la otra noche? ¡Si serán los burros del Cortijuelo que ahora escomiengan a rebusná!

Fué a la escribanía, estudiando negaciones y amasando coartadas. ¡Inútil trabajo! Cuando menos, hasta entonces, ni *er libanó* se había *golío* las yeguas, ni el Cojo se había *berreao*, ni resollaban los burros del Cortijuelo. Llamábase a *Curriyo* para notificarle la sentencia recaída en la vieja causa. Estaba condenado a un año, ocho meses y veintiún días de pri-

sión correccional. Leyéronle la parte dispositiva.

- Güeno - objetó *Curriyo* tranquilamente. - Eso es pa er que me jirió, sino que s'ha diquibocao su nombre con er mío. Se ermienda y aquí no ha pasao na.

- ¿Qué estás diciendo? - repuso el escribano. - Lo de tu herida fué una falta. A tí se refiere la condena.

- ¡Qué gracia! - exclamó ya intranquilo el gitano. - ¡Conque, ér que me jirió!... ¡Y yo, que no le jerí!...

- Pues a tí te condenan por el disparo.

- ¡Pero si yo no jise na, más que rufo!

- Pues así y todo. Tú no entiendes de esto.

Meditó el gitano. Acompañaba la acción, no a sus palabras, que ninguna decía, sino a sus pensamientos; mas por ella estos se vislumbraban. Al bueno de *Curriyo* no le cabía en la cabeza que le condenasen por un disparo *al aire*. Dijo al fin.

- ¡Conque a presiyo!... Y ¿por qué?... ¡Como no sea por mal apuntaó!...

MILES GLORIOSUS



AYA en proverbial, y no, por cierto, sin razón, lo ingenioso y lo decididor que era el general don Francisco Javier Castaños. En él lo cortés y lo gracioso no quitaban a lo valiente; y quien ascendió a teniente coronel en el bloqueo y sitio de Gibraltar, y a coronel en las defensas de Orán y de Ceuta, y después de haber defendido valerosamente a San Marcial, derrotaba a Dupont en la memorable jornada del 18 de julio, ganando heroicamente el título de Duque de Bailén, era muy otro hombre cuando no había enemigos a quienes combatir; cuando soltaba la taravilla en las reuniones de la Duquesa de Benavente, pongo por caso. Entonces salían de su boca, atropellándose unos a otros, el chiste espontáneo, el sabroso cuentecillo improvisado por el narrador, el agudo epigrama político, y ¿por

qué no decirlo? a ratos y para hombres solos, donosuras nada cándidas, puesto que tiraban a verdes; pero donosuras de las cuales, en gracia del ingenio que las informaba, le habría absuelto, como de pecados leves, el teólogo moralista de manga más estrecha. Aquello que respondió a Fernando VII cuando éste le quiso mandar a Ultramar; aquello que dijo de cierta dama enredadora y cien cosas más de analoga índole,

«¿Qué fueron sino verduras
De las eras?»

no por lo instables, como las otras a que se refirió Jorge Manrique, sino por lo subidas de color, pues todas, sin pasar de Castaños, pasaban de castaño obscuro?

Mas no cometeré yo la bachillería de contar en letras de molde lo incontable; miramientos me llamo, y vamos ya al caso del militar fanfarrón, *miles gloriosus* de esta anécdota.

Salía el general de un besamanos y se le acercó en la calle un capitán, de esos que, a creerlos por su palabra, han hecho más daño en el mundo que un centenar de tormentas de pedrisco. Alto, tieso, pechisacado, cejifruncido, buído de bigotes, duro de mirada y un sí es no es torcido el cuello, como de quien mira a los demás por encima del hombro, el capitanozo aquel era un fantasmón que parecía comerse los niños crudos o, cuando menos,

haber sido alférez en tiempo de Herodes. Y ¡qué charlar! ¡Cuántas proezas había hecho! ¡Qué de sublimes barbaridades había ejecutado dondequiera! Malas lenguas decían que a aquel perdonavidas se le iba toda la fortaleza por la boca; que era muy otro cuando había que echar mano a los manojos y defender la bandera de España; más aún: no faltaba quien, por explicar la razón de su dicho, contara que en cierto apretado lance, allá en Albuera, un jefe le había encontrado escondido debajo de una cureña, y al preguntarle, indignado, en ademán de darle un puntapié, qué hacía allí, había respondido temblando: «Mi coronel, estoy protegiendo la artillería».

Pues este hombre valiente en la paz y cobarde en la guerra, este capitán Fracassa, que llevaba en el pecho unos cuantos calvarios de cruces de tres al cuarto, fué quien acompañó hasta su morada al Duque de Bailén, quien entró en ella, tomando por buena voluntad del general un vano cumplido, y quien le puso a prueba la paciencia con una visita de más de media hora y una insulsa cháchara de más de mil embustes. Ya aquel fustón era inaguantable. Quejábase el capitán de que sujeto de tan buenas prendas como él (a la verdad, iba bien vestido) no hubiese adelantado más en la carrera de las armas, y Castaños, que apenas le conocía, le dijo de buena fe, si se ha de pensar piadosamente.

- Veamos, hombre, por qué tiene usted tantas cruces y tan endeblés, que no parece sino que son de corazón de saúco. ¿Dónde ganó usted ésta?

Y le indicó una.

- Mi general, en la retirada de tal parte.

Y nombró una retirada, no atreviéndose a mentir, temeroso de que el general pidiera luego su hoja de servictos.

- ¿Y esta otra cruz?

- Mi general, en otra retirada.

- ¿Y esta tercera?

El capitán había perdido el color. Titubeó unos segundos, pero al fin, como quien tiene apretada la garganta y no puede tragar la saliva, balbució:

- Pues... también en otra retirada; en aquella..., por cierto, muy gloriosa...

No le dejó acabar el general, sino le interrumpió diciendo, mientras se quitaba del pecho una de sus cruces:

- Pues bien, quiero proteger a usted, porque ya veo que lo merece. Tome usted: para que tenga usted una cruz de la retirada de la casa del general Castaños. ¡Y no vuelva usted a aparecer por aquí en su eterna vida!

COMO EL PEZ EN EL AGUA



laman en Andalucía *tener asaúra* a una cosa que no es precisamente *tener asadura*, aunque se le parezca algo. Que ¿qué significa tal expresión? Podría yo probar a decirlo en dos renglones; mas prefiero que el mismo lector, por medio de este relato, verdadera *lección de cosas*, se ponga en condiciones de conocerlo y definirlo. A ello, pues.

Vivía en Sevilla no ha muchos años un corcovadillo buscavidas que a todo echaba mano para hallar su pan... y su vino; pero, ya fuese porque era poco perseverante en cada ocupación, o ya porque su menguado valer físico no se acomodaba harto con las algo pesadas, bien porque el vinillo no lo dejaba cumplir a satisfacción en ninguna, o bien porque el hombrecito tenía de ordinario un humor de vinaigre, como si a cada prójimo con quien

hablaba le debiese el negro regalo de la doble giba, es la verdad que lo más del tiempo rodaba sin acomodo y punto menos que traspillado de hambre.

De porterillo estaba en un barracón de títeres en el real de la feria cierto mes de abril, cuando al cruzar por allí solo de paseo, un doctor mi amigo, hombre ocu-
rrente y travieso donde los haya, como el jorobado le saludase en alta voz, llegóse a él y entablaron un diálogo, que si a la letra no fué esto mismo que se sigue, debió de parecerse a él como una gota de agua a otra gota de lo propio.

- ¿Estás colocado aquí?

- Aquí estoy ganando una pesetiya y lo que cae, que, por más señas, cae poco. Pero que pasó la feria y mañana aleban-
tan este finglao, y se ban estos tíos a co-
rrer mundo, y ya mé tiene usté sin pan. Esto es pa esesperarse, don Francisco.

- ¡Por vida del... - exclamó el doctor, moviendo la cabeza pausadamente de un lado a otro. - Hombre, no sabes tú bien la lástima que te tengo: Ya te he conocido en cien oficios, y en ninguno duras un mes.

- Será mi sino, don Francisco; no hay que darle güertas.

- Sí, es tu sino... y son también esas dos jorobas que tienes delante y detrás: no hay que darle vueltas tampoco. Como soy médico, he estudiado especialmente eso de las jorobas, a las cuales, en térmi-
nos algo menos vulgares, llamamos *pro-*

tuberancias o *prominencias*. El jorobado atrae la suerte para otros y la desgracia para sí. Es un bichito de la luz, que alumbraba y no ve.

El hombrecillo miró muy escamado a su interlocutor, de abajo a arriba, porque apenas si le llegaba al estómago, y sospechando que sus palabras fuesen solapada burla, objetó con mal reprimida ira:

- Eso de bichito, don Francisco, no está en el orden, ¡No tan bichito, no tan bichito! que, aunque una mijilla desfigurao, porque roé unas escaleras cuando mamaba, soy yo muy hombre y tengo muchas, pero que requetemuchas sircustancias.

- Pues ¿quién duda eso? - dijo el doctor con fingido enojo. - ¿Es que no va a poder hablar contigo, mal genio, ni el que se interesa más por tí? La culpa tengo yo; pero ya me estoy yendo. ¡Ea, hasta el día del juicio por la tarde!

Y, con efecto, echó a andar para irse. El jorobado, pesaroso de lo que había dicho, pidió mil perdones al doctor, sujetándole por los faldones del chaqué, y el doctor, al cabo, dulcificando la expresión de su semblante, dijo:

- Pues, hombre, ¡si cabalmente tu mala fortuna me tiene tristón y hasta me quita el sueño!

- ¡Ay, don Francisco, si usted pudiera!...

- Digo que no he de parar hasta que encuentre un acomodo como para tí. Porque a tí te conviene una cosa estable, que

dé poco trabajo, o mejor, ninguno...; en fin, una colocación en que vivas lo mismo que el pez en el agua. ¿No es eso?

— ¡Eso, eso mismito es lo que me conviene y hace farta! — exclamó el jorobado, bailándole de alegría los ojos.

— Pues poco he de poder — repuso el otro — o he de proporcionarte esa canon-gía. ¡Ea, aquí me tienes, que voy a ser tu segundo padre! ¡Abrazame, abrazame y aprieta, hijo putativo!

Y el jorobado, ebrio de emoción esta vez, aunque todavía con una tantico de escama, porque lo de *putativo* no le sonó a cosa buena, abrazó a don Francisco por donde dudo, es decir, por más abajo de la cintura, exclamando:

— ¡Usted es mi padre, mi padre de mi corazón!

Las contadas personas que paseaban por allí parábanse contemplando con curiosidad y mal disimulada risa aquellas efusivas demostraciones de cariño, hechas por el jorobado a quien tenía fama de *asaúra* en toda la ciudad. Y antes de separarse aquellos improvisados padre e hijo convinieron en que, no bien estuviera buscado el acomodo, que quizás no se hallaría a todo el gusto en menos de dos o tres meses, el doctor mandaría recado a cierta tienda, para que de allí avisasen sin perder minuto al jorobadillo, y éste acudiese respahilando, ya que el coger los buenos acomodos, esos en que está un hombre como el pez en el agua, con-

siste en un fris, y un fris se pierde en menos de un santiamén.

Pasaron los meses de mayo y junio, y nada. De cuando en cuando el jorobeta se hacía el enconradizo con el doctor, y éste, antes que le preguntara, decíale:

- Ya está esa breva al caer.

- Pero don Francisco, ¿cuando será esa gloria?

- Ten pacienciá. Ya pleiteamos por poco. Creo que del mes de julio no pasará.

Y no pasó. Unos días antes de la festividad del Carmen el jorobado se vió gratamente sorprendido por el recado que con tan vivo anhelo esperaba. Había de buscar a su protector en el casino, a la una de aquella tarde misma.

No hay que decir si fué puntual: a las doce y media ya estaba en las inmediaciones, calle arriba, calle abajo, esperando impaciente que sonara *la sola*. Y al punto mismo de sonar entró en busca de su padre adoptivo a quien ya había columbrado desde la calle, divertido en su cotidiana partida de ajedrez.

Ver el jorobado al doctor y abrazarle por donde le abrazó tres meses antes fué todo uno.

- ¡Hombre, gracias a Dios! Ya vas a salir de penas - dijo el protector al protegido. - No me ha costado poco trabajo; pero al fin se canta la gloria.

- Padrino, y ¿en qué? - preguntó con ansia el giboso.

- En lo que no podías tú ni soñar. Un

empleo que ni hecho de encargo para tí. ¡Ya verás, ya verás, hombre!

Y echaron a andar a gentil paso, como si fuesen a apagar fuego.

Hacía un sol, que ¡vaya mucho con Dios el del desierto africano! Sevilla entera echaba chiribitas a aquellas horas. Nuestros dos personajes andaban y andaban silenciosamente y muy a prisa, salgo por aquí, entro por allí, fuerzo por allá. Mas todo fué tortas y pan pintado mientras anduvieron por las calles. Porque es de advertir que, saliendo de la ciudad propiamente dicha, entraronse en una explanada de los arrabales, donde el rubicundo Febo dejaba caer a plomo fuego molido. El doctor, siquiera, se maltapaba con una sombrilla; pero el jorobado, ya sin aliento, sudaba la gota tan gorda, como dicen, y más gorda todavía.

- Pero ¿a dónde vamos? - preguntó el jorobeta con voz de moribundo.

- Ya queda poco - respondió aquél. - Aligera, no sea que lleguemos tarde.

Y a este paso de carga, que hacía más insoportable el calor, siguieron todavía un valiente rato, hasta llegar a cierta fábrica de corchos, situada, vamos al decir, donde dió Cristo las tres voces.

Entraron en el zaguán de la casita de habitación adosada a la fábrica; don Francisco tiró del cordón de la campanilla, y asomó un criado detrás de la cancela,

- ¿Don Arturo...?

- No está.

- ¿No está...? ¡Dios me valga, y qué contratiempo...! ¡Después de lo que hemos sudado para llegar hasta aquí...!

- ¿Quiere usted dejarle alguna razón?

- No, no es recado lo que yo tengo que dejarle... Era cosa de hablar con él... ¡Pero don Arturo no suele salir a estas horas!

- Es verdad - confirmó el criado; - pero también es verdad que hoy ha salido. Alguna urgencia...

El jorobado, con cara de angustia, miraba alternativamente al doctor y al portero. Y como estuviese escuchando este diálogo la señora de la casa y conociese por la voz a don Francisco, mandó abrir la cancela, salió a un balcón del corredor, y dijo:

- ¡Cuánto siento esta contrariedad, doctor! ¿Quiere usted entrar para esperar a Arturo?

- Señora, muchas gracias, - respondió el doctor, entrando en el patio con su protegido. - Pero ¿sabe usted cuándo volverá?

- No, nada me dijo al salir.

- En fin, señora, para el caso ha de ser lo mismo hablar con usted. ¿Sabe usted que ayer me dió Arturo un encargo?

- No sé nada.

- Pues sí, me dió un encargo, y aquí se lo traigo cumplido.

Y poniendo las manos en los hombros del jorobeta, añadió.

- Hemos hecho dos avíos de un man-

dato: Arturo necesita un galápago para el pozo, y aquí le dejo éste, que vivirá en él como desea: como el pez en el agua.

Y saliéndose al zaguán precipitadamente, cerró la cancela, detrás de la cual, entre la mal contenida risa de la señora y del portero, quedó furioso como un loco de atar el infeliz jorobado víctima de tamaña burla.

.....

Y a esto que hizo el doctor llaman los andaluces *tener asaúra*, o *ser un asaúra*.

I «PA» MUNDO I



UANDO, ha más de un cuarto de siglo, el famoso hebraísta don Antonio García Blanco trasladó su residencia de Madrid a Marchena, su hermana doña Gregoria, en cuya casa vivió, tenía una antigua criada, si no vieja como un palmar, pues no pasaba de los cuarenta años, más fea que la hambre y más desgraciada que una paliza.

Nadie le había dicho jamás «buenos ojos tienes», por no decir tamaño embuste, pues el uno le lloraba aceite y el otro vinagre; de talento era tan roma como de nariz, y cuentan que tenía tal, que no parecía sino que algún descomunal malandrín se le hubiese sentado sobre la cara; pero a las vueltas y en cambio, lucía de oreja a oreja una linda boca que, si bien falta de algunos dientes en la hilera de arriba, con los que le quedaban tenía más

del avío, pues eran paletones, y traían a mal traer, ya te pillo, ya te suelto, al labio inferior, gordo y reluciente como una morcilla recién hecha. La estatura habíasele quedado corta, porque, de mozaleja, esta beldad que esbozo no creció vertical, sino horizontalmente y a trechos, y de ahí las superanchas caderás, la pechera abultadísima y arrobal y la gibosa espalda, en donde parecía llevar tapujada y de matute, como si fuese cazador en tiempo de veda, una jaula de perdiz.

Con todo esto, su ama doña Gregoria la estimaba mucho, porque era muy trabajadora, callada y fiel, y así, tenía más vestida que un palmito y más contenta que unas sonajas. Sin padres ni parientes que le pidieran, y pues de su salario no gastaba un maravedí y estaba sirviendo en tan buena casa veinticinco años había, pasaban de mil duretes sus ahorros, que doña Gregoria le tenía a buen recaudo, en relucientes monedillas de a cinco duros, sin comprometerlos en negociaciones en que pudiera comérselos el diablo. Bien se estaba San Pedro en Roma.

Pero como el diablo, que no duerme, se había enamorado de tales dineros y para sí los quería, los marcó por suyos, puso cerco a ellos y a su ama, y ahora veréis cómo rindió a la una e hizo paz y guerra de los otros.

In diebus illis volvió a Marchena de una larga excursión bribiática un sujeto que nunca sino estando en la cárcel lo estuvo,

y que, por no trabajar, había pasado todos los trabajos imaginables. De muchacho, su padre púsolo a aprender oficio y encargó a su maestro que le desatavesara la costilla; pero el mozo, lejos de arriarse al escoplo y a la sierra, se descantilló de su familia y sentó plaza de soldado. Desertóse luego, fué cogido, cumplió larga condena, rodó por medio mundo y cuando salió del servicio militar era maestro consumado en cuantas malas artes caben en la amplia facultad de la picardía.

Con los naipes en la mano era un águila; columbrando una cariera al través de siete gabanés, un lince; subiendo a un balcón para cargar con lo mal puesto, un mono; *tomando* un reloj, el ave fénix; bebiendo vino un mosquito; huyendo de los guindillas, un gamo; era en suma, la fauna toda entera, en las mil y quinientas operaciones, ejercicios y artimañas del vasto oficio ladronil.

Pues bien, este mozo de tanta cuenta y de tanto riesgo — fué a Marchena, como digo a descansar algunas semanas de aquel continuo ajeteo y sobresalto en que vivía y a prepararse para empresas aún más heroicas. Trasnochador como siempre, iba a medios pelos una mañana temprano y vió barriendo la puerta de la calle a aquella mujer, que le pareció más fea que Picio; pero cuando oyó decir a uno de sus compinches que, tan fea y todo, tenía, según la fama, unos ahorrillos muy hechiceros, Manolete, que así se llamaba

el travieso andarríos, no hubo menester más para tener y disputar a Ruperta, que éste era el nombre de la espantable sirvienta, por vivo trasunto y *vera efigies* de Venus Citerea.

Aquella mujer no sabía lo que le estaba sucediendo desde que el condenado del amor, tan a deshora, se le metió entre pecho y espalda; no daba pie con bola en las faenas domésticas: achicharraba lo que freía, asentaba el cocido, torraba y hacía carbón lo asado, y, de las manos hechas lana, caísele cuanta vasija de loza o cristal cogía en ellas. Por aquí empezaron sus amos a percatarse de que algo muy insólito acaecía a la atortolada sirvienta. Y ésta, una noche y otra, asomándose por un ventanuco alto que daba a una calleja, pelaba la pava con su galán, quien la requetaba y entontecía más y más con mil ponderaciones de amor, haciéndole perder el ya de por sí menguado seso que le había cabido en suerte cuando tocaron a repartir esa preciosa sustancia.

Una de aquellas noches, Manolete, que por boca de su adorada prenda sabía ser cierto lo de los tentadores ahorros, aborrió con denuedo el punto más importante: el de la boda. Se casarían a las voladas: establecerían con aquel dinero un café, que era industria muy lucrativa; vivirían como príncipes y se pondrían ricos a la vuelta de tres o cuatro años. Ella, Ruperta, pasaría de la miserable calidad de criada a la vistosa y lucida de señora, y señora

la llamarían los mozos del café... ¿Qué hacía aquel dinero parado, en poder de doña Gregoria? Ni ¿qué hacía Ruperta allí metida, sirviendo siempre, acabándosele de ir el lustre de la mocedad y la flor de la hermosura? ¡A casarse tocaban! Ella era mayor de edad y dueña de su persona; no todo había de ser servidumbre: bueno era gozar de la vida, y traer hijos al mundo para que también la gozaran...

A la verdad, Ruperta no había menester ni la mitad de esos razonamientos con que aquel truchimán la volvía tarumba; sin ellos, por su propio impulso, estaba resuelta a todo. Y al día siguiente, llegándose a doña Gregoria, de sopetón y sin rodeo retórico alguno le manifestó su propósito. En balde fueron todas las observaciones y consejos del cariño y de la experiencia; en vano le ponderó su ama la seguridad que tenía de que siendo aquel hombre un redomado tuno, para nada la quería sino para derrocharle los negros ahorros en aventuras y francachelas y para darle entretanto la más perra vida imaginable; inútilmente le encareció lo bien que estaba en aquella casa, y lo imposible que era el haber inspirado amor a Manolete aquella fealdad tan subida de punto con que Dios Nuestro Señor, por sus secretos designios, quizás para librarla de graves pesadumbres, había tenido a bien dotarla; todo fué predicar en desierto, y a la reiterada pregunta, «¿para qué quieres casarte, condenada?» respondía invariable-

blemente, frunciendo el más que moreno hocico, torciéndolo a un lado con grotesco mohín, y después de un muy significativo sorbetón de narices:

- ¡Toma!... ¡Pa mundo!

Con lo cual quería decir: «Para tener mundo; para experimentar de todo».

Apeló doña Gregoria a la superior elocuencia de su hermano, y éste agotó los recursos de su fino entendimiento para disuadir a Ruperta de su malhadada resolución; pero también fué machacar en hierro frío este esforzarse: la antes dócil criada desoía todo saludable aviso, y, viniendo o sin venir a pelo, repetía, como bordoncillo aprendido en viernes, su frasecilla sempiterna, con el ordinario fruncimiento y retorcido y el simultáneo sorbetón:

- ¡Pa mundo! ¡Pa mundo!

Dejáronla, al fin, por imposible, porque

«A ganado que es del lobo
No hay San Antón que lo guarde».

diéronle su dinero ante notario público, el mismo día en que se celebró la boda, y, como suele decirse, aquí empezó Cristo a padecer. Manolete estableció el cafetín que tenía en proyecto; pero siendo él, como era, su primero y principal parroquiano, todo se lo bebía, se lo comía y se lo jugaba entre sus amigotes, y lo que era peor, con una turba de mujerzuelas de rompe y rasga, que canturreaban y bailo-

teaban obscenamente hasta el día, *manzanilleando* de lo lindo y *jamoneando* y *salchichoneando*, que era lo que había que ver. Todo ello a costa de la fea recién casada, por quien solían brindar, diciendo: «Vaya por la noche e truenos, más fea que Chuchi!» «¡Vaya por la Carpanta!»

Ruperta, que, desde el cuartucho en que estaba como reclusa, escuchaba una noche y otra ese jaleo, no se atrevía ni a chistar, temerosa de que Manolete hiciera lo que ya algunas veces había hecho: injuriarla y fundirla; pero, al cabo, quiso poner coto a aquel ruín proceder, para que lo poco que de sus ahorros quedaba se gastase en poner una tiendecilla de comestibles, a cuyo mostrador ella misma atendería... ¡Tú que dijiste tal cosa! Negóse a ello Manolete, arreció el temporal de palabras, y de allí a poco le siguió el de obras, y llovieron sobre la infeliz mujer bofetadas y mojicones...

.....

Contando estaba sus negras cuitas a doña Gregoria, y mostrándole algunos de sus verdinegros cardenales, cuando el doctor García Blanco, que desde la puerta de la habitación había escuchado aquella retahila de desventuras, se acercó a las que hablaban y dijo a Ruperta, remendando zumbona y repetidamente — con la crueldad de la lógica, que no fiene entra-

ñas, - el torcimiento y sorbetón de tres meses antes:

- ¿Cómo te va de mundo?... ¿No querías casarte *pa mundo*? Pues ¡toma mundo; que al que teniendo cama duerme en el suelo, no hay que tenerle duelo!

AMOR Y POLÍTICA



O era rana, ni mucho menos, aquel muchacho larguirucho, pálido, de ojos negros y mirada viva e inteligente: aquel muchacho que aún no había cumplido los cuatro lustros y que vivía y mantenía a su anciana madre con las novecientas noventa y nueve pesetas de sueldo anual, ganadas y reteganadas en el modesto empleo de oficialite de la secretaría del Ayuntamiento de Villavieja, pueblo andaluz de dos mil vecinos, y con los gajes que él se sabía y se callaba,

¿Qué había de ser rana el mozo? Muy al revés. Cursadas las primeras letras en la escuela del pueblo, traducía más que medianamente algo de los clásicos latinos, gracias al párroco, que le estimaba entrañablemente. Iba para hombre de pro: nadie como él fraguaba un reparto de consumos, arrimando el ascua a la sardina de

sus protectores; nadie se daba tan buena traza para embeber en el capítulo de obras públicas, o en otro cualquiera del presupuesto, esas chilenta cantidades que se rezuman en todos los municipios, chicos y grandes.

El concejo tenía en Ramoncito un verdadero estuche. Contando con él, los de casa todo lo hacían a costa de las arcas municipales, lo cual era muy sabroso. ¿Se bautizaba un hijo de un regidor? El pueblo pagaba los dulces y el vino, y el chocolate de la parida, y los derechos del cura: todo ello figuraba como yeso gastado en reparar el cementerio. ¿Viajaba el alcalde para estrechar sus relaciones con el gran cacique provincial? Ya se vería cómo las pesetas invertidas en tren, fonda, deportes y regalos habían de ir a mermar el fondo de calamidades. Después de todo, como Ramoncito manifestaba confidencialmente a su exmaestro de latín, ¿qué venía a ser el alcalde, sino una calamidad pública? En fin, que nuestro mozalbete lo era todo en la villa. El secretario, viejo y torponazo, no valía ni para descalzarle, y estaba, por tanto, a las órdenes de su listo oficial.

Ramoncito no tenía gran devoción a los libros, salvo el Alcubilla y el Abella; pero a los periódicos, ¡oh, y cómo se pasaba las horas y horas leyendo *La Epoca*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Globo* y cuantos diarios, además de éstos, llevaba el cartero a la casineta! Especialmente, las rese-

ñas de las sesiones parlamentarias le traían fuera de tino. ¡Qué bien se empapaba en ellas, y cómo creía beber los alientos a nuestros prohombres, y saber por lo que dijeron lo que pensaban (*judicium difficile*) y lo que habrían de decir, pensar y hacer, tiempo andando!

— ¿Quién sabe...? — imaginaba a sus solas, cuando, por haber dado alguna vez en el clavo, se creía un vidente de la política. — ¿Quién sabe el porvenir que me aguardará? De muchacho, Cánovas valía menos que yo. No ha de faltarme un Manzanares donde revelarme al país, o, en otro caso, un Manzanares a donde tirarme de cabeza, si mis esperanzas salen fallidas. Por lo pronto, hay que leer y leer, para estar al tanto del pasado, del presente y del porvenir políticos; y hay que ser el secretario del Ayuntamiento, y alcalde y jefe del partido local, y diputado provincial, y diputado a Cortes, y Gobernador, y ministro... ¡Sí, ministro! ¿Por qué no? ¿Tienen más talento que yo, por ventura...?

Y aquí enhilaba para su capote una cáfila de nombres de ministros de antaño y hogaño, y justo es reconocer que podía mentar a muchos peor despachados de sindérisis que Ramoncito.

Este tenía novia. Habíale picado en el alma la avispa del amor antes de consagrarse tan de lleno a la política. Y a fe que Mariquita, con sus dieciocho abriles muy floridos, y con su esbelto cuerpo muy

granado, y con aquella morena cara tan linda y fresca, y aquel mirar tan retrechero e insinuante, y aquella charla graciosamente ceceosa y reveladora de vivo ingenio, se merecía, no digo yo a Ramoncito, sino a los más apuestos don Ramones del mundo.

Mariquita, al principio de sus relaciones y en los ratos, entonces nada frecuentes, en que su novio no le hablaba de amor, sino de política, admiraba su talento, porque talento paréciale aquel barajar de nombres y cosas de que a ella ni pizca se le alcanzaba; pero como, yendo y viniendo días, el bueno de Ramoncito, obseso por sus lecturas y por sus ambiciones, había acabado por no hablarle ni jota de amores, la buena de Mariquita estaba punto menos que dada a los diablos.

- Este no es mi Ramoncito - pensaba tristemente. - Me lo han cambiado por otro. Aquél me decía cosas que... ¡vamos! no pueden menos de agradar a una muchacha sensible; éste, trayendo al retortero a Cánovas y a Sagasta, a Silvela y a Pidal, a *Cosdepón*, y a *Capgayón*, y a Salmerón, ha dado al traste con aquellos gratísimos ratos de otras veces. Y es vivo... ¡Vaya si es vivo como un azogue! ¡Y guapo! ¡Revaya si es guapo el mozo!... pero los periódicos y el Congreso y el Senado me lo echan a perder y se le llevan el meollo. De esta hecha, o va a salir un sabio o va a salir tonto perdido. Y yo ni tonto ni sabio lo apétezco, sino amorosi-

to y tratable. ¿A qué más aspira él que a sus mil pesetejas y a los regalillos que le hacen las personas agradecidas? ¿No tendré yo, cuando falte mi tío, esta casa y veinticinco aranzadas de olivar junto al pueblo, que no las hay mejores en Andalucía? ¿No será él Secretario del Ayuntamiento cuando le dé la real gana? Pues entonces, a qué tanto hablar de Madrid y tan poco de este palmito, que al fin y al cabo no es costal de paja? ¿Para esto se tiene un novio? ¿Para celebrar cada noche una sesión de Congreso?... ¡Que mudado está el hilo! como él dice, en latín y todo. Antes palabritas agradables y melosas, de las que ponen colorada a una muchacha, y, «te quiero», «te estimo», «te adoro», y ahora que si Castelar licenció a sus gentes, que si Romero Robledo tiene travesura, que si el discurso del mensaje dejará mucho que desear... ¡Lo dicho: este muchacho no sirve; me lo han cambiado!

Monólogos como éste eran para la pobre novia el pan de cada día, quiero decir, de cada noche, pues cada noche era más polfisco y menos amante Ramón. Aquello era ya inaguantable. Mariquita acababa por ser la novia del *Diario de Sesiones*.

— Pero, ¿y de mí, qué dices? — preguntó a Ramoncito, más que amostazada, una noche de verano en que Mariquita con su trajecito ligero, y con su *miaja* de escote, y con su graciosa cara de pocos amigos

(que tal se la había puesto la justa indignación), estaba para chillarla, como decimos los andaluces. — ¿Y de mí? — repetía. — Porque ya sé lo que piensas de todos los hombres políticos a quienes Dios confunda; y esto, francamente, no es un noviazgo. Charla de esos asuntos con tus camaradas, con el alcalde, con el cura; no conmigo. ¡Ea! Hablemos de otra cosa. ¿Sabes que ayer se tomó los dichos Conchita la de Fernández? Tuvieron fiesta larga. Hubo arroz y gallo muerto.

— Sí, — respondió Ramón. — Como va a apadrinar la boda don Antonio el Fresco, que es primo de don Cenón el diputado provincial, al que protege decididamente, por lo que yo me sé, don Nicomedes el subsecretario de Hacienda, que, contra lo que reza su nombre es Comedes, Cenades y Almorzades, todo de un golpe, pueden echar la casa por la ventana. Pero no haya cuidado; que, o mienten mis papeles, o muy pronto se llevará la trampa todas esas francachelas, pues el último discurso de Gamazo que es el heredero forzoso...

— ¡Y vuelta!... — interrumpió Mariquita con mal humor nada disimulado, añadiendo entre festiva y jovial: — Yo presido ahora el Congreso. ¡Tilín, tilín...! ¡Orden en los bancos! Aquí ya no se habla más que de cariño y de cosas bonitas... ¿No has reparado que estreno este lazo? — preguntó con voz insinuante.

Y alzando la cabeza y acercándose aún

más a los hierros de la ventana, mostró a Ramoncito, no sólo el listón de la gargantilla, sino el torneado y lindo cuello de garza.

La luna de agosto, la más clara del año, si no le llevase ventaja la de enero, daba de lleno en la reja. Su luz penetraba como filtrándose por los rombillos de la moruna celosía y realzaba con la poética vaguedad de su resplandor, así a breves trechos amortiguado, la soberana hermosura de la joven. Lánguida la mirada de aquellos negros ojazos, ruborosas las morenas mejillas y deleitadamente perceptible el aromoso aliento, rápido y mal contenido, aquella muchacha, más que María, podía llamarse Tentación.

Distraído, empero, en sus lucubraciones, Ramoncito, aquel viejo de veinte años, miró el lazo, no más que el lazo, y repuso:

— Es muy bonito; mas para lazos el que ahora tiende Silvela a Pidal. ¡Y se abrirán las Cortes, y no habrá quien lo diga en el Congreso!... ¡Oh, si yo fuese diputado!... ¡Ah, mentecatos conservadores, diría,—y lo estaba diciendo en diapasón ultraoratorio. — ¡Entre vosotros y el señor Silvela se alza, como muralla infranqueable, una tumba! ¡Las aún calientes cenizas del con harta buen fundamento llamado *monstruo*, porque lo era de saber y de habilidad, y de saludable experiencia...

— ¡Al orden! ¡Al orden, señor diputado!

— exclamaba Mariquita con verdadera an-

gustia. — Hable su señoría a su novia de lo que a las novias se habla en toda tierra de garbanzos.

Pero ¡qué si quieres!... Ramoncito, a quien la política había hecho perder la chabeta, como a don Quijote los Amadis y Esplandianes, prosiguió cada vez más exaltado:

— Sí, señores; yo puedo hablar claro porque soy ajeno a toda suerte de concupiscencias: yo he venido a sentarme en estos escaños por el sufragio popular, libre, libérrimo, de los villavejenses: no por el escandaloso procedimiento del *encasillado*, trampa abominable en que se ha hecha caer al más importante derecho de los españoles.

— Pero, escucha, Ramón... ¿Te has vuelto loco?... Tú no estás bueno. ¡Basta de discursos!...

Ramoncito no la escuchaba; sentíase orador parlamentario, y continuó impertérrito, manoteando como un orate:

— A vosotros se deben cuantos males afligen a la Patria. Vosotros la prostituísteis, vosotros la vejásteis, vosotros la aniquilásteis... ¿Qué queda aquí sin destruir, sino la inquebrantable voluntad de algunos ciudadanos, entre los cuales yo debo tener la inmodestia de contarme?

María dió por perdido el pleito y gritó imperiosamente, hecha una furia:

— ¡Orden! ¡He dicho que orden! — Y alzando el delantal hasta cerca de los ojos, y haciendo como que leía en él, dijo entre iracunda y burlona:

— «Su Majestad el Rey que Dios guarde, y en su nombre su augusta madre la Reina Regente, ha tenido a bien decretar lo siguiente:

«Artículo único: Queda terminada la presente legislatura».

Y dando sendos portazos con entrambas hojas de la ventana, corrió el cerrojo, dejó a buenas noches el orador y tuvo por concluído para *in æternum* aquel noviazgo singular,

.

A lo lejos sonaban los acordes de un guitarrillo y la melodía de una voz fresca y varonil que cantaba horacianamente:

«Goza del sol mientras dure:
Siempre no ha de ser verano»...

.

FIN

ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| Mr. Naquet antes de Mr. Naquet | 7 |
| Reglas para hurtar libros | 13 |
| ¡Chá... chara! | 17 |
| Por tabla | 26 |
| El loco predicador | 31 |
| La fuerza del sino | 35 |
| Al maestro, cuchillada | 43 |
| El abate Marchena frenólogo | 49 |
| El <i>zaber</i> de Menéndez Pelayo | 55 |
| Un gramático pardo. | 60 |
| Los avanzados | 64 |
| Hidrodinámica social | 68 |
| Un <i>tangay</i> | 75 |
| Lesiones sin disparo y disparo sin lesiones | 85 |
| <i>Miles gloriosus</i> | 89 |
| Como el pez en el agua | 93 |
| ¡ <i>Pa</i> mundo! | 101 |
| Amor y política | 109 |

Si agradó a V. la lectura de esta novela

tenga presente que puede elegir una preciosa colección de obras de nuestra Biblioteca Patria y abonarla cómodamente en largos y pequeñísimos plazos. También puede suscribirse recibiendo doce novelas anuales. Para elegir obras pida catálogo gratuito y sin compromiso a la Sucursal Administrativa de Biblioteca Patria, calle de Rey Heredia, núm. 13, Córdoba, remitiendo el siguiente boletín:

Boletín de pedido de catálogo

D.
de profesión
domiciliado en
provincia de
calle núm.
desea recibir gratuitamente y sin compromiso
ofertas de suscripción, de colecciones a plazos,
y catálogos de BIBLIOTECA PATRIA.

PREMIOS PERSONALES Y COLECTIVOS

FUNDADOS EN ESPAÑA Y AMÉRICA ESPAÑOLA EN HONOR DE SUS VÍRGENES TUTELARES POR LOS CABALLEROS Y DAMAS QUE COMBATEN LAS LECTURAS DESHONESTAS, CORRUPTORAS DE LOS PUEBLOS, PREMIANDO GENEROSAMENTE A LOS ARTISTAS PRODUCTORES DE NOVELAS HONRADAS

¿Conocéis una mejor manera de «hacer Patria» que la de restaurar en los pueblos la fe en la Madre de Cristo nuestro Bien?

Pueblo que ame a su Virgen tutelar, será siempre un pueblo sano, resignado y creyente, un pueblo feliz, contra el cual nada podrán las acachaneas de los enemigos de su fe religiosa.

S. de U.

Quiera Dios que en cada ciudad, villa y, si fuese posible, aldea de España y de América española, se constituya un Premio Personal y Colectivo que sea en ellas multiplicado y saludable aviso del daño de las malas novelas, ese pasto predilecto de la sociedad actual, a fin de que la juventud llegue a odiar las lecturas deshonestas, y las naturalistas, que son su deshonra, su corrupción espiritual y corporal, el encanallamiento de sus corazones que dejarán de latir por las altas empresas de espíritu.

¿Quién no siente asco a la vista de tales libros?

Que los Premios de nuestras ciudades, villas y aldeas, fundados en honor de nuestras amadas Vírgenes y de nuestros santos tutelares, sean en cada pueblo,—con el auxilio de la oración y del trabajo propagandista a favor de esta Obra,—di-que poderoso que contenga la ola de cieno que

trata de inundar los nobles hogares españoles e hispano-americanos para arrancar a los jóvenes, con el propio honor y la salud, la fe, el amor a Dios y al prójimo, al suelo natal y a todas las grandes virtudes de la raza.

Honor eterno a los bienhechores de las buenas lecturas, que con sus Premios apartan a sus hermanos del pecado y del daño inmenso de la pornografía y del naturalismo, que, con las novelas *políticas* revolucionarias, habrían de traernos el triunfo del comunismo disolvente, si no le pudiéramos este dique.

LA DIRECCION.

NOTA IMPORTANTE

Advertimos a nuestros amigos y lectores, que aunque aspiramos a un éxito rotundo, es decir, a instituir los «Premios Personales Colectivos» en todo pueblo importante de España y de América española, de momento, creemos lo más práctico fundar primero un premio de cada región, incluyendo así, por ahora, los que haya en los pueblos, hasta que éstos a su turno, vayan fundando los de sus propias ciudades y villas. Así, pues, a todos les rogamos propaguen entre sus familiares y convecinos la idea de honrar a sus respectivas poblaciones con un Premio del nombre de ellas y en honor de la Virgen bien amada.

Los que quieran tomar a su cargo propaganda tan hermosa, pónganse de acuerdo con el *Director de Biblioteca PATRIA*, enviando su correspondencia a la calle de Fuencarral, núm. 138, 1.º, Madrid (10).

Que todos nos ayuden, y triunfaremos.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

PREMIO DE ANDALUCIA

EN HONOR DE

**Nuestro Padre Jesús del Gran Poder
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SUS ADVOCACIONES
DE LA**

Inmaculada Concepción; de los Reyes; de la Cinta; de la Victoria; del Mar; de la Caridad; de Setefilla; de Linarejos; de la Peña; de Gracia; del Rosario.

**FUNDADO POR SUS AMANTES HIJOS, NOBILÍSIMOS
DEFENSORES DE LAS LECTURAS SANAS:**

| | <i>Plas. anuales</i> |
|--|----------------------|
| Sr. D. Pedro Ruiz Ramos (Premio perpétuo) | 200 |
| Sra. D. ^a María Campos, Viuda de Darnaude | 125 |
| Sr. D. Antonio Darnaude Campos | 100 |
| Ilmo. Sr. D. Antonio Checa y Núñez | 50 |
| Ilmo. Sr. D. Carlos Doetsch | 50 |
| Sr. D. Elías Aranda López | 25 |
| Sr. D. Diego Chacón Morano. | 25 |
| Sr. D. José M. ^a Molina y Rivero, presbítero | 25 |
| Sr. D. José Vendrell Vives | 25 |
| Sr. D. Manuel Pérez Damián. | 25 |
| Sr. D. Manuel de Sioniz | 25 |
| Sr. D. Salvador Sagrú y Verdés-Montenegro | 25 |
| Sr. D. Sebastián Rico. | 25 |
| Sra. D. ^a Raimunda Mezquita, en memoria de su difunto esposo D. Maximiano Bravo | 25 |
| Sr. D. Gonzalo Valleçillo | 25 |
| Sr. D. Juan Bosch Grau | 25 |
| Sr. D. Raimundo Rodríguez | 25 |
| Ilma. Sra. D. ^a Cándida Carbonell y Morand, viuda de Merle | 25 |

La fuerza del ejemplo es uno de los grandes resortes que hacen marchar al mundo.

Charles Robert.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

PREMIO DEL REINO DE ARAGON

EN HONOR DE

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

(Capitana Generala de los Ejércitos Nacionales)

NUESTRA SEÑORA DE SALAS

Y

NUESTRA SENORA DE VILLAVIEJA

FUNDADO POR LOS SIGUIENTES NOBILÍSIMOS
PROTECTORES DE LAS LECTURAS SANAS QUE
COMBATEN LA NOVELA PORNOGRÁFICA, CO-
RRUPTORA DE LOS PUEBLOS:

| | <u>Pias. anuales</u> |
|---|----------------------|
| Srta. P. L. (en honor del Sagrado Corazón de Jesús) | 250 |
| Sr. D. Francisco Cano Fernández | 100 |
| Sr. D. Joaquín Dionis Ordovás. | 25 |



Por medio de los Premios Personales y Colectivos de nuestras novelas restauraremos el concepto cristiano de la vida, lo que representa el triunfo sobre la asqueante pornografía y el hipócrita naturalismo.

S. de U.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio del Principado de Asturias

EN HONOR DE LA

STMA. VIRGEN DE COVADONGA

FUNDADO POR SUS AMANTES HIJOS, NOBI-
LÍSIMOS BIENHECHORES DE LAS LECTURAS SANAS:

Pis. anuales

| | |
|---|-----|
| Excmo. Sr. D. José Tartiere, Conde de Santa | |
| Bárbara de Lugones | 200 |
| Sr. D. José Alvarez del Manzano y Alvarez | |
| de Rivera. | 100 |
| Sr. D. José Pérez Martínez | 50 |



«Ha de brillar vuestra luz de-
lante de los hombres para que
vean vuestras buenas obras y
den gloria a vuestro Padre que
está en los cielos.»

San Mateo, 6-16.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio de Castilla la Nueva

EN HONOR DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DEL CERRO DE LOS ÁNGELES, DE LA SANTÍ-
SIMA VIRGEN, EN SUS ADVOCACIONES DE

SANTA MARIA LA REAL DE LA

ALMUDENA,

NTRA. SRA. DE LOS DOLORES Y

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA

CONDECORADA CON EL COLLAR DE LA
INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO Y

LA GRAN CRUZ DE CARLOS III

FUNDADÓ POR LOS SIGUIENTES NOBILÍSIMOS BIEN-
HECHORES DE LAS LECTURAS SANAS, QUE SE
CONTINUAN EN ESTAS PÁGINAS:

Ptas. anuales

El Patronato Social de Buenas Lecturas, a la
santa memoria de su difunto Presidente Excelen-
tísimo Sr. D. Cláudio López Brú, Marqués de Co-
millas (q. e. p. d.)

| | |
|---|-----|
| Fundación del Premio «Clezal» | 500 |
| Íltimo. Sr. D. José María de Saracho. | 500 |
| Sr. D. Eusebio Martín Pérez. | 100 |
| Sr. D. Evaristo Toledano. | 25 |
| Srta. Luisa Sánchez Cuesta | 25 |
| Sr. D. Rafael Méndez Jordán | 25 |
| Sr. D. Pedro Gómez Pablos | 25 |



*Per te frater tuus a peccato se absti-
nit? Nomen tuum in Libro Vitae scrip-
tum videbis. (Por tí se aparta tu herma-
no del pecado? En el Libro de la Vida
verás escrito tu nombre).*

San Jerónimo, en su carta a Marcella.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.



